Cortijo de la
Cañada de los Pinos

Datos y recuerdos

Antonio Roldán Martínez

Madrid, 2016

CONTENIDO

Introducción 3
Situación geográfica 5
Accesos 8
Cuesta de Balandranes 8
Desde Lo Angulo 11
Moriles 12
Las Navas del Selpillar 13
Monturque 13
La pequeña historia 15
El cortijo hasta 1960 15
Antecedentes 15
Evolución de la Propiedad 16
Entorno del cortijo 21
Decadencia 24
Vuelve el olivar 28
Estructura de la edificación 30
Zona de estancia de los dueños 31
El molino 37
El patio de labor 41
Aspecto general del cortijo 44
Cortijo actual 46
Recuerdos y textos 50

Nieve 50
El brillo de los números 51
La parva 53
La vida en un cortijo 55
Antonio Roldán y las excursiones al cine 59
Romance 61
La vida diaria 64
Personajes 75
Lugares por orden alfabético 78
Expresiones populares usadas en este documento 88

INTRODUCCIÓN

Este documento no tiene ninguna pretensión que no sea la de un ejercicio de memoria y documentación sobre un lugar del que sólo yo he quedado en la familia como testigo con recuerdos suficientes como para escribir sobre ellos. Me apetecía hacerlo porque se trataba de un entorno aislado, desconocido para muchos, pero fundamental para entender el sentir de nuestra familia y, en especial, el inicio de la actividad poética de mi padre, en la que sus largas estancias en el campo constituyeron el ambiente propicio para que naciera.

Intercalados en las descripciones aparecerán recuerdos concretos de acontecimientos o anécdotas relacionados con ellos. Los protagonistas principales serán mis padres, que

crearon para mí en el cortijo un espacio de juegos e imaginación. Los destacaré en cursiva.

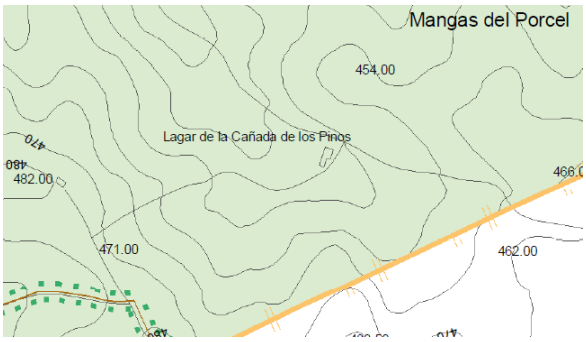
Es seguro que la parte informativa contendrá inexactitudes, debidas a la fragilidad de la memoria, la escasez de datos y el tiempo transcurrido. Entre ellas pueden estar algunas palabras empleadas o la descripción de ciertas labores agrícolas y costumbres, que sólo está basada en los lejanos recuerdos de un niño.

Las palabras en *cursiva* están explicadas en el apartado de ***Expresiones populares***

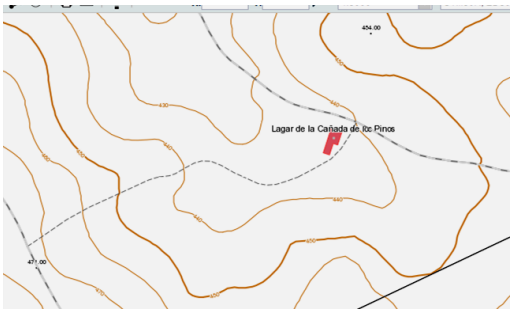
Las que van seguidas de un asterisco * pertenecen a lugares de interés cuya descripción se traslada a otra sección para no extender en exceso el texto principal.

SITUACIÓN GEOGRÁFICA

El cortijo Cañada de los Pinos está situado en las coordenadas 37º 26' 30" N y 4º 34' 20" W, con una altitud de 430 m. Según estudios recientes, está muy cerca del centro geográfico de Andalucía. Es la última edificación del término municipal de Monturque hacia el Sur, a pocos metros del límite con el municipio de Lucena.



Está construido en un valle abierto que desciende hacia el Noroeste y limitado al Oeste por las alturas mayores (unos 480 metros de altitud), siendo más suave el relieve al Sur y Este.



Parece haber sido siempre lugar de paso, pero con poco tránsito. En el capítulo de vías de comunicación veremos que algunas pasan cerca, pero al menos a media hora de camino.

En la imagen se observa, en la parte superior, el camino que baja por el valle hacia la Vereda de Córdoba y los abrevaderos de Los Pozos de Ramírez y pasa por el lateral del cortijo. El otro camino señalado es el Antiguo de la Campana, que lleva al cortijo del mismo nombre y a la localidad de Moriles. Los caminantes disponían de algunos pozos de agua potable, según el documento ANOTACIONES CARBONELLIANAS SOBRE LA GEOLOGIA DEL SUR DE LA PROVINCIA DE CÓRDOBA.

neros del Molino San Antonio o de Moco, de aguas sulfurosas; Horcajo de Lucena, con balneario anexo; Salinillas de Arroyo Hondo y El Calvario, en Monturque, y Baños de Santa Teresa y La Trampa, así como los del Molino de San Antonio, antes citados, en término de Puente Genil.

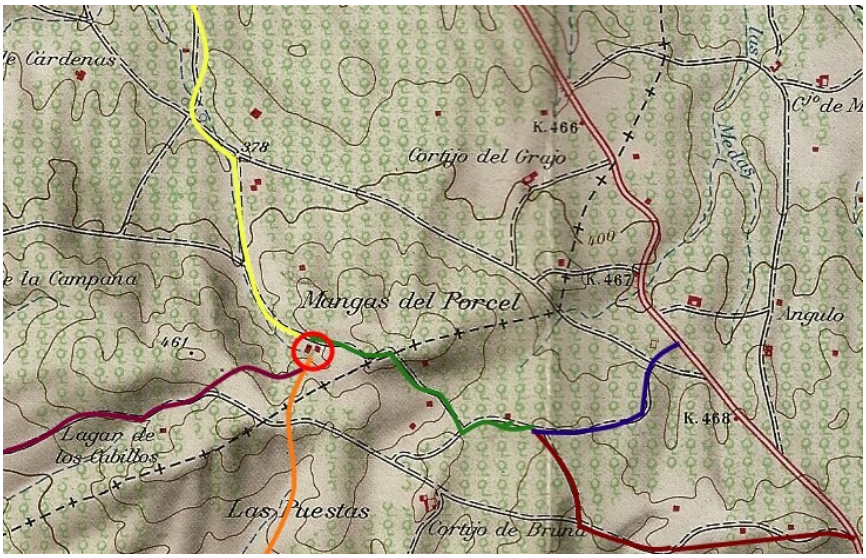
Respecto a los recursos hídricos subterráneos las anotaciones consultadas citan, en término de Monturque, los llamados Pozos de Ramírez, que abastecían a la población, los pozos de la Cañada de los Pinos y Monte Grajo, la Fuente Cañuelo, Fuente Nueva y la del Chorrillo, entre otras. Se evidencia que, en no pocos lugares, las captaciones más superficiales suministran aguas de mejor calidad que las más profundas, ya que estas últimas muchas veces son contaminadas por los horizontes yesífero-salíferos del substrato (naturalmente, las captaciones se refieren exclusivamente a pozos ordinarios y galerías).

Como indica el texto, algunos pozos no eran potables, como el situado en el patio del cortijo, y otros, como el de “Pericote”*, abastecían de buen agua a los propietarios afincados en este valle, que solían tener permiso de uso.

Las distancias en línea recta desde el cortijo hasta los centros urbanos más próximos son:

Las Navas del Selpillar: 2,5 km. hasta la estación
Moriles: 2,7 km. (centro de la población)
Monturque: 3,3 km.
Lucena: un poco más de 9 (hasta la calle Jaime)

ACCESOS



CUESTA DE BALANDRANES

El camino más corto desde Lucena se componía (en los años 40 y 50 del pasado siglo) de cuatro tramos bien diferenciados por su relieve y paisaje. En total sumaban unos 10 km escasos:

Tramo 1: Desde Lucena por la carretera N-331 hasta la cuesta de Balandranes

De unos seis km, todo él en el trazado de la N-331. Saliendo del pueblo había que cruzar el puente de Córdoba* (y sus malos olores a cloaca) para seguir al cortijo de Las Delicias*, cruzar el paso a nivel* (después viaducto*) hasta llegar, a unos 5 km al entorno de Los Santos*.

El camino de ida seguía por una casita de peones camineros, y luego, un buen esfuerzo hasta llegar a la culminación de la

cuesta y girar a la izquierda por un camino carretero que llevaba al cortijo de Bruna.

En ese lugar se encontró Antonio a una viejecita que vivía en una de las chozas construidas al borde de la carretera. Pasaba hambre, porque por allí no era fácil encontrar quien la socorriera. Yo sé por mi madre que más de una vez él compartió con ella el almuerzo que llevaba al cortijo. Cuando después pasaba yo con ellos por ese paraje, siempre tenían un recuerdo para ella, me imagino que ya fallecida. Tengo viva la imagen de esas chozas.

Tramo 2: Bordeando El Sello

Esta parte del camino quizás fuera la más rica en paisajes. Durante un km se bordeaba la gran viña de El Sello, dejando a la izquierda todo el campo de Lucena, Cabra y Rute, así como la Sierra de Aras. Era camino carretero, pero cuando había mucho barro tenían que ir las bestias por abajo y las personas por los bordes para evitar hundirse. Nos gustaba ver de nuevo nuestro pueblo, que antes quedaba oculto tras las alamedas de la carretera.

Tramo 3: El olivar

Después de la viña se abandonaba el camino de Bruna para internarse en el olivar, por senda que desaparecía a veces si los dueños del terreno decidían meter el arado. Eran tierras

rojizas, con olivos muy buenos que nos servían de descanso. Aquí desaparecía el paisaje, oculto en el olivar.

"¿Cuándo merendamos? Cuando lleguemos al Hotel Ritz". Era un olivo enorme, con varios de sus troncos inclinados hacia el suelo, lo que lo convertía en un buen asiento para la merienda. Los niños venían ya cansados, y quedaba un buen tramo. Allí sacaba mi padre los embutidos y el pan, y comíamos con gana después de la caminata, mientras él se inventaba nombres de hoteles para otros olivos, en los que descansaríamos en el siguiente viaje. Olvidábamos el cansancio y nos poníamos en marcha, deseosos de ver aparecer La Atalaya.

Tramo 4: Las Atalayas

En el cortijo de la Atalaya* Baja se unía este itinerario con el siguiente y seguía la ruta marcada en verde en el mapa. Se pasaba por la misma puerta del cortijo, soportando el ladrido de los perros. Se tomaba el sendero de la derecha que pasaba por otra viña pequeña, en la que se asentaba una casilla misteriosa*. Otro cortijo más, cuyo nombre no recuerdo y llegábamos a la raya entre Lucena y Monturque. Era una loma alargada en la que en el lado de Lucena se repetía el paisaje de El Sello y en la otra descendía hacia el cortijo, que ya se percibía en la hondonada.

"¡Ya lo vemos, papá! ¿Podremos jugar con Antoñuelo?" Abajo, entre olivos, aparecían los tejados coronados por la torre de la viga. Los perros ladraban al conocernos, y el más atrevido subía rápido a nuestro encuentro. Puede que detrás de la higuera, a la puerta del cortijo estuvieran ya Perico y Encarnación, atentos y nerviosos por la vista del señorito. Quizás se asomaran también los niños de los otros caseros. Otras veces estaban todos en las

faenas, y sólo los perros advertían nuestra presencia. Mi padre abría el comedor, soltábamos allí nuestras pequeñas cargas y nos íbamos al molino a jugar. Ya estábamos donde queríamos.

DESDE LO ANGULO

Cuando en los años 50 se multiplicaron los viajes diarios de los autocares a la estación de Aguilar y los de la Alsina a Córdoba, consideramos más descansado tomar uno de ellos y apearnos un kilómetro largo más allá de la cuesta de Balandranes, junto al cortijo Lo Angulo*, antes de llegar a la Alameda de Cuevas. De esa forma teníamos que caminar menos (itinerario marcado en azul) para llegar a la Atalaya y proseguir después por el tramo que hemos coloreado de verde.

La senda que tomábamos cruzaba a los pocos metros la vereda de Córdoba*, que se dirigía a Monturque, toda llena de juncos y arena suelta. Nos resultaba muy atractiva. Dejándola atrás, nos veíamos en un olivar espeso, sin horizonte, por el que nos teníamos que orientar si también aquí se perdía el camino. La última vez que lo pasamos, ya en coche, nos pudimos guiar por las rodadas de un tractor. Una guía muy buena que teníamos era un cerro de *tierra calma* o viña que debía quedar siempre a nuestra derecha. Curiosamente, no ha cambiado de tipo de cultivo en sesenta años, como puede apreciarse en esta foto de satélite:

Cañada de los Pinos Atalaya Cerro citado Vereda Lo Angulo Alameda de Cuevas

También podemos apreciar la nueva autovía A-45, que ahora se ha de cruzar por un paso subterráneo.

Teniendo yo unos trece años y mi hermana siete, por enfermedad de mi padre, nos tocó ir al cortijo, porque estaban sacando la cosecha de trigo. Fue un viaje duro, que se me ha quedado vívido en la memoria. Cuando bajamos del autocar en Lo Angulo nos quedamos parados un rato hasta cruzar la carretera y encontrar el camino. Llegamos bien, pero todo nos resultó difícil, incluso vigilar, pobres de nosotros, la descarga de sacos en las tinajas de la bodega. Todos nos trataron con cariño, pero yo volví a Lucena lleno de sospechas.

MORILES

Yo nunca fui a Moriles andando. Sé por dónde se iba, y era salir del cortijo a la derecha y seguir girando en horizontal de nuevo a la derecha por el llamado Camino Viejo de la Campana. Comenzaba después una subida fuerte a la izquierda en la que se distinguía una higuera que daba higos blancos y más allá, en dirección a Monturque, tres pinos, supervivientes quizás de los que dieron nombre a la cañada. Una vez pasado el cerro, sólo recuerdo un camino entre viñas

que nunca llegamos a recorrer completo. En realidad, en Moriles no teníamos nada que resolver.

En el mapa es el itinerario de color morado que va hacia el Oeste.

Las Navas del Selpillar

Este núcleo urbano, perteneciente a Lucena, era importante para nosotros porque se podía coger allí el tren. Mi madre recordaba un viaje a Lucena conmigo y la criada y en el que ella iba nerviosa porque la miraban mucho. No se tardaba en llegar, ya que recuerdo ir con corta edad. Es el camino marcado en color naranja. Se subía sin respiro el cerro y después recuerdo mucha tierra calma, el cerro Las Puestas (nosotros decíamos "las puertas") y Las Navas al final. Mi padre a veces tomaba el tren mixto (mercancías y viajeros) que pasaba de madrugada.

Monturque

Monturque no estaba cerca, al menos para los niños. Allí había que ir a pagar la contribución, pero eso lo hacía mi padre. Siguiendo el camino que he marcado en amarillo pasábamos, con un poco de miedo, junto al pozo de Pericote*. Se terminaba el olivar y bordeábamos una viña con *candelecho*. Todo el camino iba cuesta abajo hacia los pozos de la vereda. Recuerdo dos casillas a las que llamábamos Los Pozos, pero luego he visto en el mapa que el descansadero de los Pozos de Ramírez estaba algo más lejos, al otro lado de la vereda.

No recuerdo haber ido más allá, salvo al cortijo Cárdenas, de mis tíos Manjón-Cabeza. Recuerdo a mi tía Amalia enseñándonos el cortijo, que era más lujoso que el nuestro, hasta con cortinas.

LA PEQUEÑA HISTORIA

EL CORTIJO HASTA 1960

ANTECEDENTES

Cuando yo vine al mundo el cortijo de la Cañada de los Pinos había dejado de ser molino. Parece ser que a finales del siglo XIX era molino de viga, ya que en las ruinas actuales la torre correspondiente es lo que ha quedado en mejor estado. Deduzco que la viga quedaba en la parte en la que ahora se ve una puerta condenada, pues el espacio que yo recuerdo estaba diáfano y sin otra utilidad que habilitar la entrada a las bodegas.

El enorme esfuerzo que la viga ejercía sobre la torre explica su solidez.

Más adelante se cambió el sistema al de un empedrado circular dotado de piedras cónicas. En mi niñez jugaba sobre esas piedras, que estaban abandonadas en el patio grande.

En el año 1945, primer recuerdo que tengo del cortijo, este estaba dedicado tan sólo a la cosecha de aceituna y algo de cereales y leguminosas, sin olvidar algún melonar y las recogidas de brevas y uvas, así como la cría de gallinas, cerdos y cabras.

EVOLUCIÓN DE LA PROPIEDAD

Según la documentación que ha llegado a mis manos, el cortijo debió pertenecer a la familia Lacarrera desde principios del siglo XX.

El primer dato que tengo es un contrato de arrendamiento en el año 1925 entre doña María de la O Lacarrera y Vida y don Antonio Roldán Lacarrera, mi abuelo, y sobrino de esta señora. Por tanto, a nuestra familia llegó la propiedad por parte de los Lacarrera y no de Roldán. No sé cuántos hermanos tuvo María de la O, pero al menos debió estar entre ellos mi bisabuela Rafaela Lacarrera, esposa de Pascual Roldán Curado, ya que como veremos más adelante, los tres hijos, Antonio, Rafaela y Dolores tuvieron parte de propiedad. Parece ser que este matrimonio tuvo ocho hijos: Josefa, Rafaela, Alonso, Pascual, Antonio, Teresa, Dolores y José. De este último me llegaron noticias de niño de que permaneció soltero. Ignoro de los demás si murieron sin descendencia. Yo sólo tengo constancia de tres herederos:

Herederos

Rafaela: Se casó con un Álvarez de Sotomayor y tuvo dos hijas, Araceli y Antonia. Ambas vendieron su parte entre los años 1929 y 1938. Por recuerdos de mi padre sé que sus olivos eran los que estaban más al Sureste, en dirección a Lucena.

Dolores: Se casó con un Ruiz-Canela y tuvo varios hijos. En 1944 ya habían vendido su parte, que era la más próxima a la era y de allí en dirección a Monturque, incluyendo el entorno

del pozo de Pericote, siendo concedido un derecho de uso al resto de herederos tanto del pozo como de la era. Para que cuadren las fracciones hay que suponer que, a cambio, no tenía parte en la vivienda.

Antonio: Esta es nuestra rama. Tuvo tres hijos, Fernando, Antonio y Rafaela. El 29 de Diciembre de 1944 se aprobaron las particiones efectuadas por D. Antonio Manjón-Cabeza Lara, hermano de mi abuela, de la parte del cortijo correspondiente a mi abuelo. Aproximadamente coincide con toda la falda del cerro que separa la cañada del término municipal de Moriles. En la sección ***Particiones*** se recoge copia parcial del acta notarial.

La situación quedó como sigue:

Ya se habían realizado las particiones entre los tres hermanos Roldán Lacarrera, así como las de los herederos de Antonio. Las partes de mis tías abuelas Rafaela y Dolores ya estaban en otras manos y a mí me llegaron sólo recuerdos.

Un tercio del olivar de mi abuelo y dos novenos de la vivienda eran para Fernando Roldán Manjón-Cabeza, que moriría en 1949, fecha en la que heredaron su mujer Ana e hijos Fernando y Dolores, todos fallecidos en la actualidad.

Idéntica parte para los herederos de Rafaela Roldán Manjón-Cabeza, fallecida en 1936, Dolores, María y Rafael, también fallecidos en la actualidad. Los hijos de Dolores aún poseen su parte.

Otra parte igual para mi padre, Antonio Roldán Manjón-Cabeza. En esa parte se incluían “la Corregidora”, de tres aranzadas, “el plantonal”, algo más pequeña, y quince arazandas en el cerro situado al Oeste del cortijo.

Aunque no tengo detalles ni fechas concretas, en mi niñez mi padre labraba el campo de los tres hermanos y herederos, sin que pueda concretar a qué acuerdo económico se llegó.

Visitas

El cortijo fue en esa época lugar de descanso para la familia. Tengo por ciertas estas visitas:

Los primos de mi padre, de la familia Ruiz-Canela, iban a cazar allí antes de que yo tuviera uso de razón. En cierta ocasión, Antonio Ruiz-Canela llevó unos chorizos para ayudar en la comida, y cuando fueron a freírlos habían desaparecido. Alguien avisó que un perro huía con algo en la boca. Los rescataron, los limpiaron bien y Antonio los compartió gustoso sin saber por dónde habían pasado.

En 1945 tuvo que pasar unos días en el cortijo mi tío Fernando Chicano, porque se han encontrado letras de canciones y partituras de los dos cuñados fechadas en él y en ese año. En marzo de 1947 pasó Fernando unas vacaciones en la Cañada de los Pinos, supongo que con su familia, porque le contaba a su hijo Fernando que fue entonces cuando él aprendió a andar entre *terrones*. Con relación a esta visita ha aparecido un romance humorístico del que desconozco el autor, pero que parece parte de una de las muchas bromas con las que se entretenían los habitantes de los cortijos. Lo incluyo en el apartado de **Recuerdos y textos**.

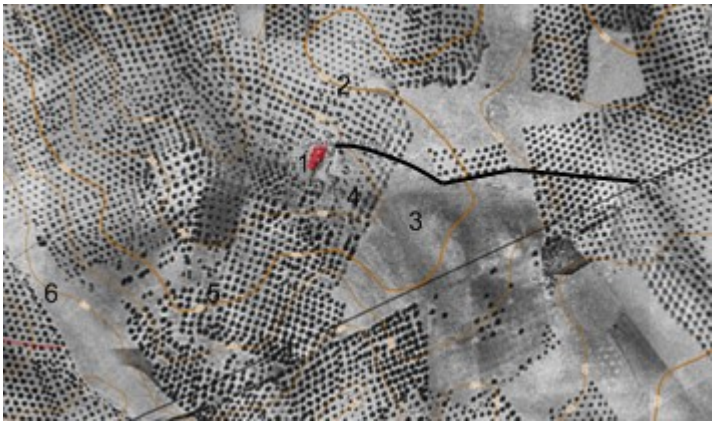
Después del fallecimiento de mi tío Fernando Roldán, su familia pasó, en los años 1950 y 1951 la temporada de verano con nosotros. No puedo precisar si se repitieron las visitas otros años.

Recuerdo vagamente alguna estancia de mis primos de Puente Genil en los años 40, pero no sé si fueron los tres o sólo Lola y María. Mi madre les hizo a las dos hermanas dos vestidos muy parecidos, según recordaba.

Mi abuelo Rafael y mi tía Mercedes iban con cierta regularidad, al menos, entre 1947 y 1951. A veces nos reuníamos en Los Santos y después mi abuelo se volvía a Lucena con la bicicleta.

ENTORNO DEL CORTIJO

En esta ortofoto de un avión americano tomada en 1956 se percibe el campo de la Cañada de los Pinos exactamente como yo lo recuerdo.



He numerado los lugares en los que después se hicieron más cambios de cultivo o uso

(1) El cortijo conservaba todas sus construcciones. En otro apartado detallaré las que parecen percibirse en la foto

(2) La era aparece difuminada, de color claro, debido esencialmente a la poca capacidad técnica de las cámaras de entonces.

(3) La entrada al cortijo desde Lucena (línea continua negra) pasaba por olivar en alto (en la foto, junto a la raya Lucena-Monturque) y después a *tierra calma* salvo unos 30 olivos situados a su derecha. Por ese tramo solíamos ya conocer qué personas se acercaban a nuestra vivienda. Tengo aún grabada una imagen de mi tía Ana y sus hijos apareciendo por ahí con los mulos y mis nervios por averiguar si me habían traído los recortables de soldados que les había encargado. Sí los traían.

A la izquierda del camino, donde he situado el 3, estaba el "cerro de las pajitas", sin olivos, donde en verano arrancábamos las pajitas con las que hacer marcos de fotos. El

camino era más bien estrecho por ahí, y rodeado de cereales. Toda esta zona cambió en la década de los setenta.

(4) Estas cuatro o cinco hileras de olivos pertenecían a los compradores de la parte de la "chacha Dolores" (Dolores Roldán Lacarrera) o de su hermana Rafaela, y ocultaban parcialmente el cortijo a los que llegaban.

(5) Esta zona, a la que llamaré a partir de ahora "el cerro", representa la parte más importante de la herencia de los abuelos. Eran buenos olivos en la parte baja y raleaban un poco conforme se subía. A partir de un rectángulo más oscuro, hacia el norte, estaba "La Corregidora", incluida en el lote de mi padre en las particiones.

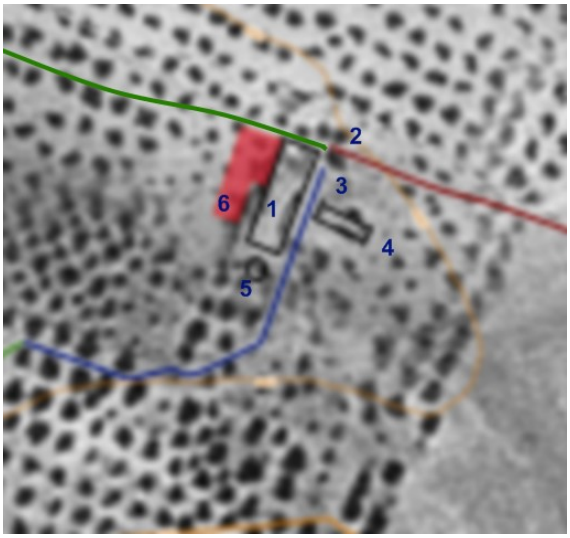
(6) Al llegar a la culminación del cerro, tanto por el camino de Moriles como por el de Las Navas, desaparecían los olivos por un trecho importante. La parte alta siempre la recuerdo como de tierra calma limitada al final por algunos olivos. En esa parte estaban a veces los cabreros y oíamos su cante flamenco.

El resto de las zonas del valle sufrió menos cambios, como veremos en otras ortofotos.

Entorno próximo del cortijo

En la ortofoto que estamos analizando, la Junta de Andalucía no ha situado bien el edificio del cortijo. Es normal ese error trabajando con este material antiguo. La clave para corregir la posición me la han dado tres detalles: la higuera grande, la vegetación alrededor de la *zahurda* y el arranque del camino de Moriles. No obstante, lo que sigue hay que tomarlo con cierta reserva, en lo que se refiere a la situación en la foto.

Las líneas que he marcado son: en rojo el camino a Lucena, en azul el de Moriles y en verde el del pozo y Monturque.



(1) La construcción principal debe situarse un poco más a la derecha de la dibujada. Era un rectángulo de no más de 50 m por 20 m. Quizás unos 40x16. No puedo afinar más. Más adelante pasaré a describirlo.

(2) La mancha de la foto entre los caminos rojo y verde es la de la higuera grande. Junto a ella se unían los tres caminos. Como se ve, dos de ellos seguían una línea casi recta que pasaba junto a las tapias del patio pequeño. Rodeando la higuera y siguiendo la fachada principal del cortijo, arrancaba (línea azul) el Camino Viejo de la Campana, que se dirigía a Moriles.

(3) Delante del cortijo había un espacio baldío y algo pedregoso, quizás resto de alguna construcción antigua, poblado en esa época de *alcauciles*, que comíamos con gusto.

(4) He localizado ahí la *zahúrda*, porque está muy bien delimitada por dos sombras de árboles. La de más arriba es la higuera más pequeña y las otras corresponden a árboles cuya especie no recuerdo, pero que no tendrían utilidad. He dibujado un rectángulo alargado porque al final de la misma existía un pequeño patio que aumentaba su longitud. En esa época creo que no se guardaban cerdos en ella, sino algún apero viejo sin valor. Estoy seguro que fue una de las

construcciones que antes se cayeron, porque apenas la usábamos.

(5) Marcada con un círculo, he situado ahí la leñera, que era un hueco excavado en el suelo, cuadrado, de unos quince metros de lado y algo más de un metro de profundo. Servía para almacenar leña después de la tala. Constituía un espacio fresco, pues la rodeaban árboles. Tampoco se usaba con regularidad.

(6) Donde la Junta ha situado la edificación lo que existía en realidad era un pequeño claro entre olivos, en el que sembrábamos cereales y garbanzos, y un melonar en algún verano. Recuerdo ese claro porque un día me quedé extasiado viendo las idas y vueltas del arado reversible de *vertedera*. Era todo un arte su manejo rápido.

DECADENCIA

En 1947 mi padre vendió el *plantonal* a D. Francisco Moreno Agraz, de Moriles. Podemos marcar ahí el comienzo de un progresivo alejamiento de mi familia respecto a la Cañada de los Pinos. Esta pequeña finca estaba situada hacia el norte del cortijo, cerca del pozo de Pericote y del camino a Monturque. Yo la visité poco, pues no pertenecía al entorno de la vivienda.

Aproximadamente se vivieron las siguientes etapas en los años siguientes:

El año 1950 o el siguiente dejamos de pasar los veranos en el cortijo. Como no tengo claras las causas, no las expreso en este documento.

En la década de los 50 dos hechos alejaron a mi padre de las faenas agrícolas. Por una parte, un malestar en la zona de los riñones, de dudoso diagnóstico, le impidió volver a la Cañada de los Pinos, pues al menos tenía que caminar una hora. Quizás, no estoy seguro, no volvió nunca a partir de esos años. Simultáneamente inició dos trabajos que le ataban al pueblo, especialmente uno, que por desarrollarse en invierno, le hacía no poder presenciar la cosecha de aceituna. Los hijos y sobrinos sí seguimos yendo esporádicamente. La última visita que recuerdo en esos años fue con mis primos Fernando y Rafael, sin objetivo concreto, sólo por hacer una excursión.

A partir de la década de los 60, algunas edificaciones se debieron caer, pues recuerdo que los caseros se instalaron en la parte que antes usaba mi familia (quizás por eso en los mapas el cortijo presenta forma de "ele" y no de rectángulo). Coincidió ese momento con una bajada general del precio de la aceituna y con el principio de mi actividad profesional, que supuso un alivio económico para mi familia. En un momento que no puedo precisar, mi padre decidió arrendar el olivar y nos liberamos con alivio de una gestión que se había vuelto complicada.

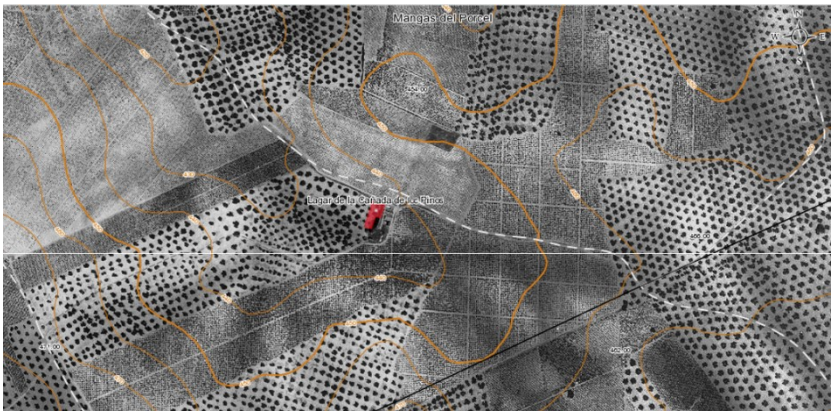
Viviendo ya los hijos en Madrid mis padres tomaron la decisión de vender el cortijo en 1972

Conversión a viña

En un verano de finales de la década de los 70 logramos llegar hasta allí en coche, y nos encontramos con gran parte del entorno convertido en viña. En esa época se tomaron decisiones equivocadas, y una de ellas fue el arrancar olivos por toda nuestra provincia. No llevábamos cámara. En esos

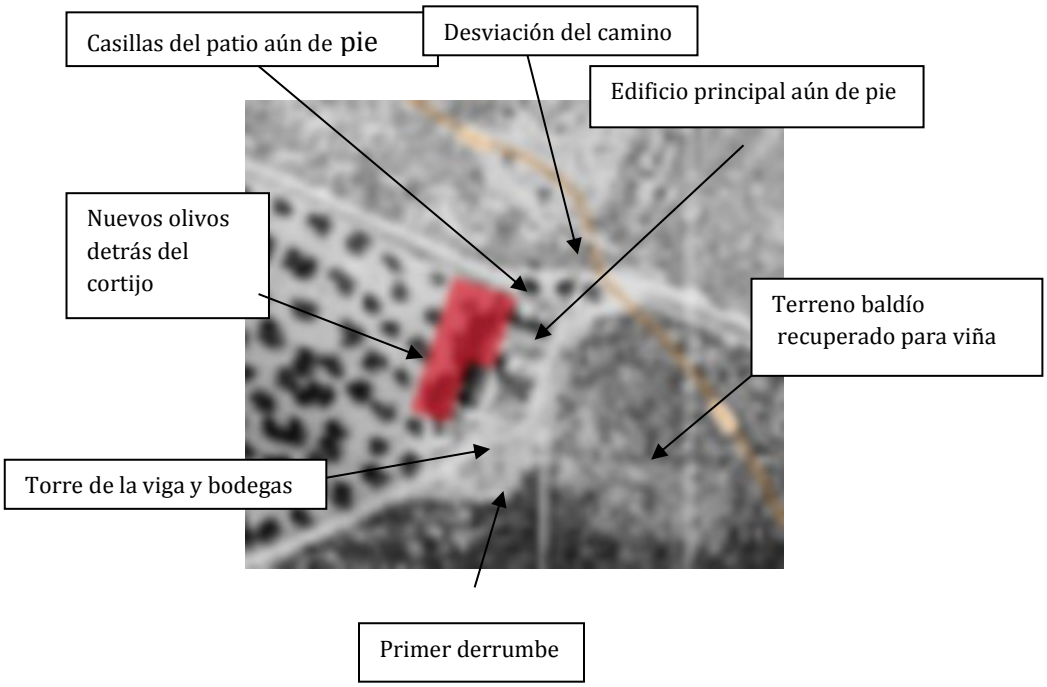
años tenías que comprar el carrete previamente y no se nos ocurrió. De todas formas, una lluvia menuda inesperada nos obligó a regresar pronto sin apenas haber podido reconocer mejor el estado de la edificación. La parte del molino estaba intacta, pero no llegamos al final del patio, que es donde sospecho había derrumbes. Habían arrancado las higueras y no vimos la zahúrda en pie. El empedrado de la era se había conservado entre las cepas.

Si se compara la ortofoto de 1977 con la anterior se puede casi medir el terreno que cambió de cultivo

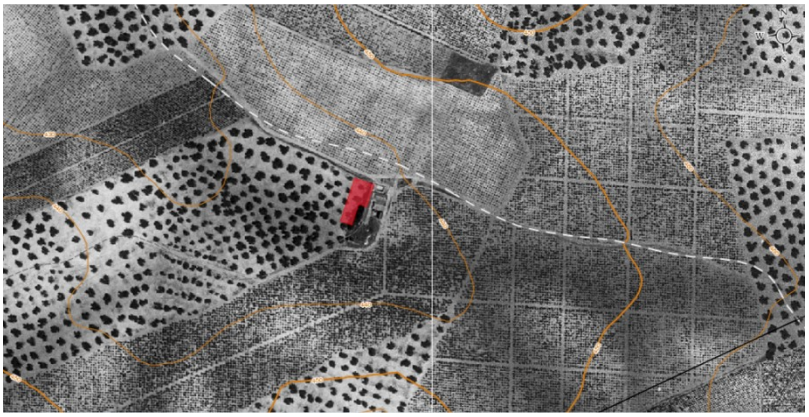


Desapareció el olivar delante de la edificación (sólo eran unas pocas hileras), un tercio o más de la parte del cerro y especialmente en el entorno de la era, que fue el cambio que más nos asombró en nuestra rápida visita. La perspectiva desde el coche cuando llegamos a la entrada del valle no se parecía en nada a lo que conocíamos de veinte años antes.

Unos detalles que aparecen por primera vez son el desvío del camino que va a Monturque que ya no pasa junto al cortijo, la desaparición de las higueras y la dedicación de todo el terreno de la zahúrda (caída o derribada) a cultivo. Tampoco aparece el entorno de la leñera, quizás rellenada con escombros. En la imagen de 1984 (recuérdese que la figura roja está desviada) se puede concretar más:



La foto de 1984 confirma lo explicado anteriormente. Quizás en ella se aprecie mejor lo que quedó sin derrumbarse. Los cultivos no han cambiado en esos siete años, pero la forma de las edificaciones se percibe mucho mejor.



Tratando un poco la imagen aparecen los restos que quedaron en esos años

De arriba abajo se observan:

- Algún resto del patio principal
- Tejado de los dormitorios y el molino

(más oscuro)

- Algún resto del patio grande

La línea más clara a la izquierda se corresponde con las dos bodegas y la torre de la viga, que es lo que en la actualidad queda como resto.

VUELVE EL OLIVAR

Desde hace unos años he visitado periódicamente las fotos de satélites, sin apreciar ningún cambio en la situación. La imagen de Google Maps fue tomada cuando las higueras que nacieron en las ruinas tenían todas sus hojas y eso me confundió hasta ver otras posteriores. Ahora puedo interpretarlo mejor. Comparando las manchas verdes de las higueras con su situación en las últimas fotos de las ruinas se puede enmarcar con bastante exactitud lo que ha quedado. Ya en esta foto sólo destacaban algo los muros que aún subsisten en la actualidad.

Nuevos olivos

Cuando mi primo Fernando Chicano y su hijo visitaron las ruinas en Enero de 2013 les orientaron diciendo que buscaran los olivos nuevos y, en efecto, había desaparecido la viña alrededor del cortijo y ahora estaba rodeado por olivos jóvenes.

Acudí a las ortofotos de la Junta de Andalucía y capté dos fases muy determinadas: en la primera han desaparecido las viñas y está todo de *tierra calma* y en la segunda ya se perciben los *plantones* de los nuevos olivos.

Foto de 2008

En la parte inferior de la imagen ya se notan los plantones nuevos en medio de la tierra sin cultivo. Alrededor de las ruinas ya no existía nada de viña.

El camino que bordea los olivos y después se interna en ellos es el Viejo de la Campana, que lleva a Moriles.

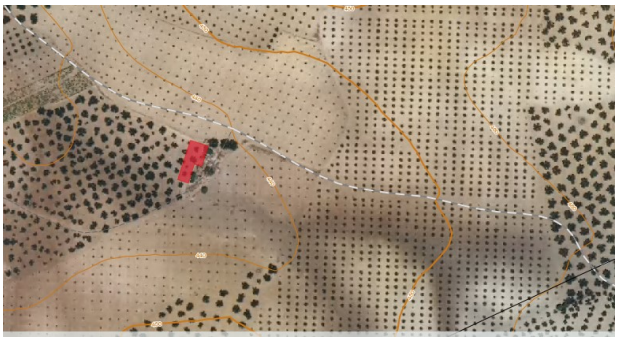


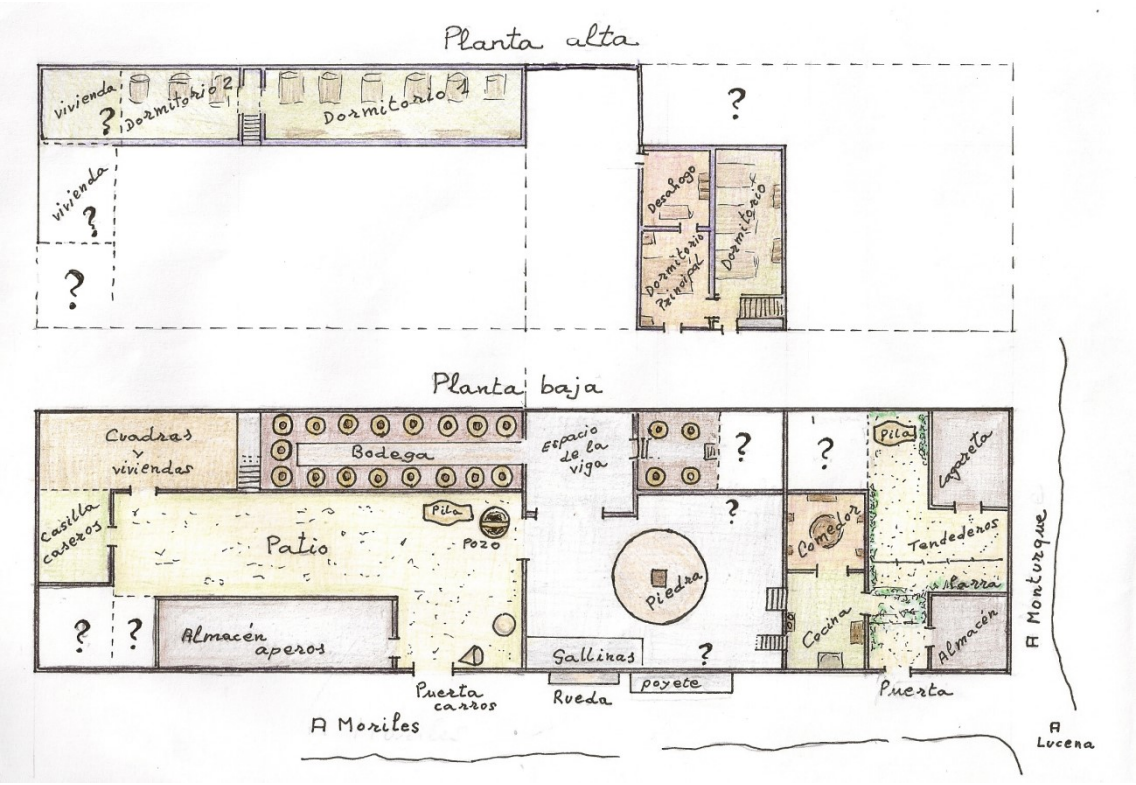
Foto de 2010

Ya está todo lleno de plantones, incluso el rectángulo de la era, que casi se adivina en la parte superior de la imagen, entre la curva de nivel y cuatro olivos en fila.

ESTRUCTURA DE LA EDIFICACIÓN

Todo lo que sigue se refiere fundamentalmente a los años comprendidos entre 1945 (mis primeros recuerdos) y 1960, periodo de tiempo en el que nuestras visitas al cortijo fueron habituales. En esta época la construcción no sufrió más modificación que la adaptación de una segunda vivienda para los caseros, obra efectuada en el año 1953 aproximadamente. Por ello la estructura de viviendas quedará descrita de forma incompleta y quizás errónea.

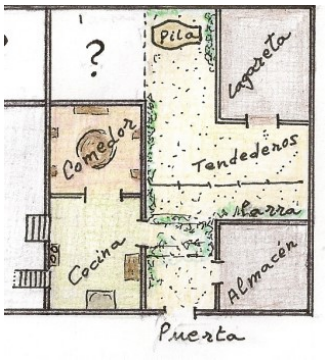
El siguiente croquis recoge la distribución de dependencias en esa época según mis recuerdos.



Lo primero que llama la atención es el desequilibrio entre las dos plantas. Se puede afirmar que la segunda sólo tenía el uso de contener dormitorios, tanto de los dueños como de los aceituneros.

En la planta baja se distinguen tres zonas, que hemos destacado en diferentes colores de fondo. La azul del centro corresponde al espacio del antiguo molino, la de la derecha es la de los “señoritos”, dueños del cortijo, y la de la izquierda contiene todas las dependencias necesarias para el desarrollo de las labores agrícolas. Las describiremos por separado:

ZONA DE ESTANCIA DE LOS DUEÑOS



Lo que distinguía esta zona es que en ella no entraban las bestias ni las gallinas, por lo que se podía mantener más aseada que el resto de la edificación. No era de uso exclusivo de los dueños, que se pasaban muchos meses sin residir en ella. La cocina la usaban los caseros y en alguna ocasión también el primer dormitorio. El comedor sí permanecía cerrado habitualmente si no se usaba. Los usos y mobiliario de las dependencias eran los siguientes:

Comedor

Disponía de una mesa circular amplia, algunas sillas de enea y un aparador. Le entraba luz por una ventana que daba al patio y estaba decorado con unos bellos grabados sobre óperas de Wagner y los ya descritos marcos de paja con estampas y retratos. Era todo muy sobrio.

Olía a humedad y polvo. Cansados del viaje a pie, entrábamos para dejar las talegas o los sombreros, y percibíamos ese olor característico inconfundible. Yo volvía a ver los grabados de “El buque fantasma” o “El holandés errante”, con su dramatismo

algo ingenuo, y a reconocer los personajes que ya no se borrarían más de mi memoria. Limpiábamos la mesa y dábamos cuenta de unos huevos fritos con tomate, que nos sabían a gloria. Después, a los olivos, la era o las bodegas, para cumplir lo que nos había llevado hasta allí. Siempre había un cajón de aparador no explorado aún o un ejemplar de Buffalo Bill por leer.

Cocina

El *poyo fuego* estaba adosado al muro de la fachada principal. No tenía ningún tipo de asiento de piedra o poyete, como es costumbre en otras regiones. Sólo se disponía de sillas bajas para sentarse al fuego. Lo rodeaban unos anaqueles con platos que no he podido situar bien. Debajo de la ventana que daba al patio estaba situada una mesa rectangular, en la que se comía de pie con la técnica de "cucharada y paso atrás". En la pared de enfrente un tinajero horizontal con tres tinajas surtía de agua.

Desde la cocina se accedía a los dormitorios por una escalera empinada, y al molino mediante una pequeña puerta con tres o cuatro escalones de bajada. Otra puerta daba acceso al comedor y, finalmente, la de entrada que la separaba del patio.

Cuentos, chistes, bromas, novedades…, el lugar de la conversación alegre, pero a veces demasiado ruidosa. Recuerdo una siesta especialmente animada, con los niños dando voces y las mujeres compitiendo con ellos elevando el tono. De pronto, un ruido fuerte y sordo procedente de la escalera nos enmudeció. Abrimos la puerta y vimos una bota, un "choclo",

como decíamos entonces, que mi padre había arrojado desde el dormitorio harto de no poder dormir. Ya no volvimos a gritar.

Almacén

Le he llamado así, pero no tengo claro su uso concreto. Sí recuerdo que contenía las tinajas de las aceitunas, que sacábamos con un cazo, por lo que mi padre recitaba un acertijo muy popular entonces:

"Mil bolondrillas.
Un bolondrón.
Un saquimete.
Y un quitipón"

El resto de lo almacenado no puedo concretarlo, aunque creo que eran alimentos.

Lagareta

La he llamado así porque recuerdo haber visto un cerdo allí. Me da la impresión de que tenía poco uso.

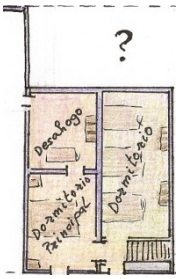
Pila y tendederos

La pila estaba al final del patio, junto a una parra. Estaba hecha con media tinaja, al igual que la del otro patio. Esta forma de pila era muy popular, y en Lucena teníamos otra parecida. Recuerdo unos alambres que servían para tender la ropa.

Había otra parra en la entrada del patio, entre la cocina y el almacén. En los días de madurez de la uva casi tapaba ese pasillo y era delicioso poder coger un racimo cuando apeteciera.

Restar llevándose, multiplicar por dos cifras, la plana de Caligrafía y los dibujos. Mi madre no quería que yo "perdiera" en verano, y me obligaba a esas tareas mientras ella lavaba. Recuerdo una mesita baja, de niño, yo mohíno por tener que hacer la tarea, las cuentas que no salían y las letras que se emborronaban. Ellas seguían su conversación, ignorando mis protestas, mientras yo aceleraba el trabajo deseoso de irme al paraíso de detrás de la zahúrda. Por si no lo he hecho antes, aprovecho este recuerdo para agradecer a mi madre ese interés, que me convirtió en alumno aprovechado y me abrió, con el tiempo, el camino para ser feliz siendo profesor de Matemáticas.

Planta alta



Los dormitorios estaban situados sobre el espacio de la rueda de molino, que veremos más adelante. Estudiando las ruinas he descubierto que la pared situada a la izquierda de la imagen seguía la longitud de la viga maestra, la cual se apoyaba en la torre de la viga, que estaba situada donde he insertado un signo de interrogación.

Se subía por una escalera empinada y recta. Terminaba en una meseta que daba acceso a los dormitorios. Subiendo a la izquierda había un "chinero", armario empotrado pequeño con puertas de cristal. A su lado una ventana permitía ver la explanada de la fachada principal del cortijo.

Dormitorio principal

Sólo recuerdo una cama de matrimonio muy oscura y clásica. No puedo concretar más mobiliario, aunque supongo que habría donde sentarse, al igual que un mueble lavabo, que mi memoria lo sitúa junto a la puerta. Otra gran ventana similar a

la anterior daba alegría a la estancia. En algún momento me hicieron creer que los Reyes Magos habían entrado por ella. No recuerdo armarios.

Desahogo

He llamado así a la segunda habitación porque tenía usos múltiples. En realidad era una alcoba, pero lo mismo servía para guardar ropa que para instalar una cama auxiliar. Recuerdo haber visto o usado en ella una cuna grande. Sí es seguro que había un arca enorme entrando a la derecha. Tenía una llave de hierro de buen tamaño.

Para un niño, lo apasionante de esta habitación era un ventanuco desde el que se veía la parte más antigua del molino. Como el nivel del suelo de esta era muy bajo, yo me veía observando al personal desde arriba, y parecía que no me descubrirían nunca. Era como ser pájaro. En mi mente infantil esa ventana era mágica, ¡ver el molino desde arriba! Abajo tenían colgada la romana, en la que pesaban sacos, que habían llenado de grano con la media cuartilla. Subía hacia mí la alegría de la gente del campo, siempre con sus bromas y coplillas, y entre ellos mi padre, tan alto, pero que desde arriba lo era un poco menos.

Recientemente mi madre me ha revelado otro usos, y es que ahí dormía una criada muda que teníamos, y también que había un bacín para las necesidades, que ella era la encargada de vaciar. En los cortijos no había baños ni retretes. Se hacía todo en el campo o al final del patio, donde las gallinas picoteaban los excrementos. Ahora nos da asco, pero así era y nadie se extrañaba.

He situado un signo de interrogación que corresponde con la parte alta de la bodega pequeña, que tuvo que existir aunque yo no la recuerde bien, ya que ha dejado huella en la torre de la viga. La habitación que describo estaría situada a la izquierda de la foto, semiadosada a la torre, porque es la única posibilidad que permite que yo viera el molino desde la ventana.

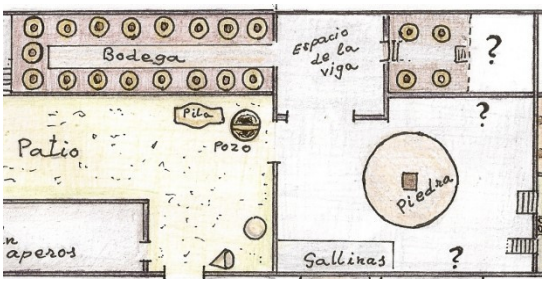
Creo que ambas estancias no se comunicaban, por pertenecer a construcciones de época distinta. Aunque he preguntado a mi madre, no ha podido recordar si había algo más detrás de la habitación de desahogo. Por ello me quedaré con la hipótesis de que un muro o tabique las separaba, sin acceso ninguno. Estaría situado detrás de las ramas de higuera a la izquierda de la foto.

Segundo dormitorio

Se accedía a él por una puerta lateral a la derecha de la meseta de la escalera. Lo recuerdo grande y destartalado, con el techo inclinado de izquierda a derecha, siguiendo el tejado que bajaba desde la viga maestra. Tenía capacidad para al menos tres camas, y así lo he dibujado. Este dormitorio lo usaban los invitados y los otros herederos del cortijo. A finales de los años 50 o principios de los 60 se pasaron a él los caseros, ya que su vivienda amenazaba ruina. Así me lo ha confirmado mi madre.

EL MOLINO

Este núcleo central del edificio está compuesto por dos espacios de diferente tipo o fecha de construcción. Por una parte la zona de la viga, que es lo único que queda en pie actualmente, y por otra el espacio del molino de piedras.



En la imagen la primera es la situada más arriba, compuesta por la bodega grande, el espacio donde se alojaba la viga del molino en su primera etapa y a la derecha la bodega pequeña. En parte inferior vemos la piedra de moler, que corresponde a un cambio de técnica que ignoro cuándo se produjo. La parte antigua tenía un nivel más bajo que la moderna, y ésta, a su vez, casi un metro de desnivel respecto a la cocina.

El espacio de la piedra

Cuando yo viví allí ya no existía el molino, y sus piedras estaban tiradas en el patio, y otra circular adosada a la fachada del edificio. Ni yo pregunté ni nadie me explicó los antecedentes de esas piedras. En el espacio antiguo de molienda sólo recuerdo un empedrado circular que mi memoria lo representa como cubierto de cemento. Tendría que tener unos cuatro metros de diámetro y recuerdo algún tipo de estructura en el centro. Podría ser una viga cuadrada en la que se apoyara el suelo de los dormitorios. No puedo precisar más.

Lo que sí recuerdo es que para mí (y para mi madre) era un espacio de juego y creatividad. Seguro que lo llenaba de soldados de papel y de todo tipo de piezas, quizás de arquitectura. Recuerdo dos montajes de mi madre:

- Un belén con muñecos de trapo, incluida una *jeringuera* con su pañuelo a la cabeza, y con jeringos de verdad muy pequeños (que por cierto se comió el gato). Recuerdo los Reyes y poco más.
- Una feria completa, con columpios y carruseles fabricados con maderitas y paja. Recuerdo una noria con cuatro o seis barcas.

Este polo de atracción ha hecho que se me olvide el resto del contenido de la dependencia. Sólo recuerdo haber visto las gallinas dormidas en unos palos en la pared que daba a la fachada, imagino que con sus ponederos, y no recuerdo nada más. Por eso he llenado el croquis de interrogantes. Ahora me doy cuenta, por las fotos de las ruinas y disposición de las dependencias, que este espacio tuvo que tener dos alturas

distintas, techo bajo en la parte cercana a la cocina (suelo de la planta alta) y alto en la parte del patio. No creo que el falso techo se prolongara por esa parte, porque recuerdo una sensación de amplitud junto a la puerta del patio.

Siempre con corrientes de aire. Por un lado olor a frito, y por el otro a polvo de cereal y excrementos de gallina. Todo el personal pasaba por allí hacia sus tareas, y nadie reparaba en unos niños que jugaban alrededor del empedrado. Así vivíamos entonces, en nuestro mundo mágico aislado, sin que nadie nos molestara ni nos echara. Sólo nos llamaban para comer. En el espacio circular ocurrían hechos maravillosos, batallas, ferias o nacimientos. Se admitían perros, gatos y gallinas en el juego, siempre que cumplieran sus reglas, y olvidábamos que nos rodeaba un mundo adulto de trabajos y necesidades.

Espacio intermedio

El que llamo ahora espacio de la viga se me representa también con una gran altura de techo. No creo que hubiera elementos de separación con el espacio anterior, salvo quizás algún escalón. Creo que tenía una gran ventana que daba a la trasera del cortijo, e incluso aseguraría que era una puerta con escalones previos, pero que estuviera cerrada permanentemente. En lo más alto se podía ver el ventanuco por el que yo espiaba. Esta dependencia me trae recuerdos de romanas, pesos, sacos, cuartillas y medias cuartillas. Faena de pesar grano. Tengo una imagen de una cadena de la que se colgaba la romana.

Bodega grande

Consistía en una pieza alargada de varios metros de longitud en la que estaban situadas unas grandes tinajas empotradas en el suelo en un zócalo de una cuarta o dos de alto en forma de U, que dejaba un pequeño pasillo central, tal vez de sólo un metro de ancho, por el que se podía cargar o descargar el contenido de las tinajas. Al dejar de ser molino, esta dependencia sólo servía para almacenar grano.

Era un lugar peligroso para los niños. Mi madre recuerda la caída de una niña sobre el grano almacenado y el consiguiente susto de todos, que la tuvieron que sacar rápidamente. La imagen que yo tengo es la de hombres sudorosos trayendo sacos, mi padre pesándolos en la romana y el esfuerzo de transporte hasta la tinaja, la subida al zócalo y el vaciado suave del saco. Se levantaba un polvillo que nos hacía estornudar.

El enorme hueco que se percibe ahora en las ruinas es casi seguro que se debe o a un robo de las tinajas o a un traslado de las mismas por parte de los nuevos propietarios. Me cuentan que muchos cortijos del sur de Córdoba sufrieron robos de tinajas.

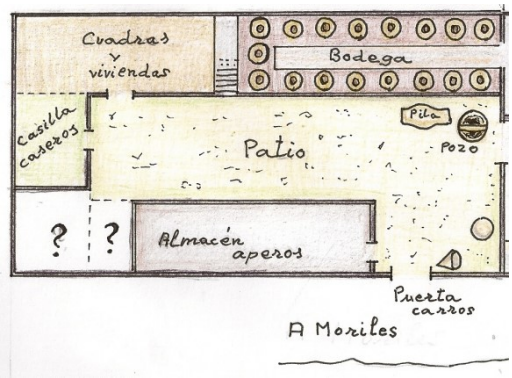
Bodega pequeña

En aquellos años no se usaba apenas, y por eso no tengo imágenes fieles de la misma. La puerta de entrada aún se puede localizar en las ruinas. Recuerdo

algunos escalones, cuatro o seis tinajas más, otros escalones y un espacio vacío que daba al patio de los señores, pero no sé cómo se accedía a la planta superior, si es que existió.

EL PATIO DE LABOR

Una puerta desde el molino y otra desde la fachada daban acceso al gran patio empedrado que contenía todo lo necesario para las labores agrícolas. Entrando desde la gran puerta de entrada para carros se distinguían, de derecha a izquierda y en el sentido contrario al reloj las siguientes dependencias:



Pozo y pilón

Inmediatamente a la derecha de la puerta sólo había piedras tiradas y algún trasto viejo. Después la pared que daba al molino, con ventana y más allá puerta, y al fondo el pozo y el pilón. El pozo contenía agua no potable. Sólo servía para llenar el pilón y la pila para lavar. Por impresiones de mi madre he deducido que sólo había un recipiente para beber y lavar. Por eso ella no quería usarlo para la ropa.

Exactamente en ese rincón sitúo el primer recuerdo de mi vida. Yo tenía un pantalón con tirantes, y a mi lado jugaban unas niñas, hijas de algún trabajador o que habían venido de otros cortijos. Me oigo decir "Tengo cuatro años", y no recuerdo más. Otras personas tienen recuerdos de los tres años. Yo no. Esto es

lo más antiguo que me devuelve la memoria. No era un lugar de juegos, porque allí bebían las bestias y el pozo era un peligro.

Bodegas, cuadras y dormitorios

Este sector lo tengo muy poco memorizado. Como cosa segura diré que en la planta alta de la bodega se situaba un gran dormitorio para aceituneros. Normalmente consistía en una dependencia amplia en la que se colocaban los jergones para dormir bastantes personas. Una escalera al final de esta construcción daba servicio a ese dormitorio por la derecha y a otro, de obra más reciente, por la izquierda. El haber dos dormitorios tenía el sentido de separar hombres y mujeres. Esa escalera marca, casi con total seguridad el límite entre lo que se cayó en los años 60 y lo que quedó en pie.

El resto de esa esquina lo tengo muy olvidado. Es seguro que había una cuadra y una casilla para los caseros, de dos plantas. A mediados de los 50 se adosó una vivienda nueva para los caseros que supervisaban las labores de la otra familia dueña del cortijo (proveniente de la herencia de Rafaela Roldán). La parte de esa vivienda y el rincón que se produjo entre ella y el almacén de aperos lo marco como interrogante. Recuerdos recientes de mi madre me hacen identificarlo como el sitio donde la gente hacía sus necesidades. Por eso sé que existió, pero ignoro sus dimensiones.

Nave de aperos

Era muy amplia, de aspecto sucio y desordenado. Se iban situando trillos, arados y demás aperos así como herramientas auxiliares, sin gran orden, según la temporada y las faenas. Lo recuerdo grande, triste y lleno de polvo. Fuera del edificio también se utilizaba la zahúrda, pero menos, lo mismo de almacén que de lagareta.

Inserto aquí un listado de aperos y herramientas según las recuerdo. Es seguro que faltarán o sobrarán algunas:

Para la recogida de la aceituna

Zaranda: criba grande de madera con patas. Se usaba inclinada.

Jaraperas para el vareo: varas largas, de varios metros para hacer caer las aceitunas.

Toldos, sacos y espuertas: recogían en el suelo las aceitunas caídas.

Para la era

Bieldo, palas, trillos, rastrillos para empujar la parva, cribas, costales y escobas. En el texto "La parva" explico un poco más su utilidad.

Para la escarda (limpieza de malas hierbas) y la siega

Amocafres, azadas, hoces y hachas, jocinos y escardillos.

Para labrar el campo

Arados, binadoras, discos…

Con destino a las bestias

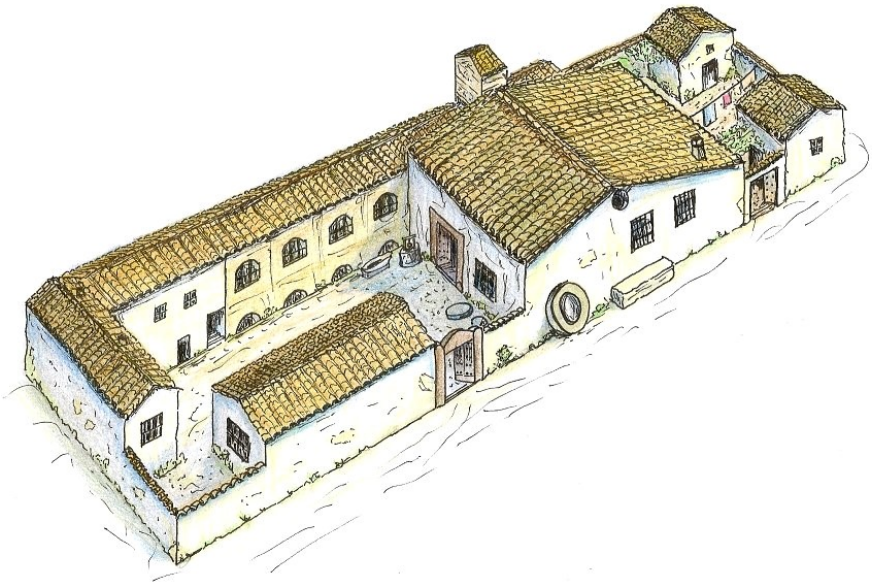
Jáquimas, aparejos y cencerros

Medidas de áridos

Cuartillas, medias cuartillas, balanzas romanas

ASPECTO GENERAL DEL CORTIJO

En el siguiente dibujo a perspectiva se resume todo el estudio de la estructura y dependencias de la edificación.



Está tomado desde una altura hipotética situada al Sur, en una mañana de verano. La esquina más cercana es la que no ha podido ser resuelta en su totalidad. Había un trozo de patio entre las viviendas de los caseros, la nave de aperos y la pared exterior, pero no puedo garantizar ni su forma ni sus dimensiones.

El color de la bodega lo he representado sin encalar, hecho que no me consta, pero quería expresar la solidez de la construcción. También son dudosas las ventanas que se han dibujado en todas las dependencias. Las dos grandes de la fachada sí existieron.

En la esquina opuesta, la del lavadero de mi madre, no he podido resolverla bien, pero como está tapada por el tejado, no se perciben sus inexactitudes.

No debe diferenciarse mucho de la realidad, porque mi madre, al ver el dibujo, reconoció al momento su cortijo. También para mi primo Alejandro resultó una imagen familiar. Él pasaba a veces con su tío camino de Cárdenas, cuando, en lugar de ir por Monturque o por Los Pozos, tomaban este otro camino para saludarnos.

CORTIJO ACTUAL

Analizando las fotos podemos afirmar que sólo queda en pie de forma parcial el entorno de la torre y las dos bodegas. El resto ha desaparecido. Analizamos algunos detalles girando en el orden Este – Norte – Oeste - Sur:

Patio "de los señores"

Esta foto está tomada desde el camino a Monturque (cara Este de la edificación). La tapia del primer término corresponde al patio "de los señores". Donde ahora crece una higuera estaba el lavadero y dos pequeñas casillas de usos múltiples. Detrás, el comedor y la cocina, cerca de donde se ve aparcado el coche.

Se observa perfectamente, en dirección a la torre, que la obra incrementa su calidad, con piedras muy bien asentadas. Es la bodega pequeña, que tuvo que tener dos pisos, porque el enlucido se destaca en el muro de la torre. Es una de las zonas que mi memoria marca como interrogante.

Más a la derecha siguen el espacio de la viga y la bodega grande.

Las dos bodegas

A Fernando Chicano le extrañó que el suelo que quedaba entre ruinas fuera tan bajo, casi un piso por debajo del nivel del terreno. Esto es porque corresponde a las bodegas, que tenían los suelos más bajos y tinajas empotradas en ellos, lo que aumenta ahora la sensación de profundidad. Es muy probable que las tinajas fueran retiradas por los últimos dueños o bien que fueran robadas y ahora estén adornando algún recinto.

En esta foto se percibe muy bien el desnivel. La puerta cegada es la entrada a la bodega pequeña, que atravesaba el muro de la torre, y recuerdo que tenía dos o tres escalones de subida.

La siguiente foto, tomada con orientación opuesta, nos permite ver la entrada de la otra bodega, situada enfrente de la primera. Los restos del fondo se corresponden con el muro que separaba estos tres espacios del molino y el patio grande.

Toda la parte trasera del cortijo (cara Norte) ha conservado algún resto. Aquí vemos, de

izquierda a derecha, los de la bodega pequeña, la torre, el espacio caído de la viga, y al final la pared de la bodega grande, con un buen estado de conservación. Se ve que fue una obra bien hecha.

Los olivos ahora están pegados a las ruinas, pero antes estaban más lejos. Los actuales dueños han apurado más el terreno cultivable.

Seguimos girando y nos encontramos con el final de la bodega hacia el Oeste. En su momento esta construcción se prolongaba con otras edificaciones dedicadas a dormitorios, cuadras y viviendas de los caseros. Eso fue lo primero que se cayó.

A la derecha de la bodega debería estar el patio grande, y detrás, hacia el coche, el molino y los dormitorios de los señores. Todo eso habrá sido aplanado, porque apenas quedan escombros.

El horizonte del fondo es el de la era. Al subir esa loma se veía Monturque y todo el valle del río Cabra, con los altos de Nueva Carteya detrás.

Cara Sur

Toda la fachada principal del cortijo ha desaparecido. Sólo queda una imagen de escombros, pero que me ha permitido averiguar que el entronque de los dormitorios y el molino con

la parte antigua se hizo tendiendo una viga maestra apoyada en el muro. En las ruinas se aprecian los restos de la terminación de la obra nueva. El trocito de enlucido azul que se ve en el muro corresponde al ala de los dormitorios. Aún quedan restos de una pared gruesa a la derecha de la imagen.

Donde ahora se ven escombros en primer término estaba la rueda del molino, un espacio muy amplio, pero que estaba semivacío cuando yo jugaba en él, salvo algunos palos del gallinero.

RECUERDOS Y TEXTOS

NIEVE

Había nevado mucho y yo era muy pequeño. Un muñeco de nieve, hecho por unas niñas que ya no recuerdo, abría los brazos delante del campo de alcauciles. La nieve que cubría los olivares me cambiaba el mundo por primera vez, mientras los pájaros callaban, quizás también por la sorpresa. Detrás del cerro las gentes pasaban hambre, comían cardos de borrico y algunos huían a las sierras más altas, donde vivían unos seres huidizos, empeñados en que la guerra no había acabado. Más lejos aún, unos soldados victoriosos descubrían el exterminio en fosas comunes llenas de horror. Al otro lado del océano probaban la nueva bomba. El muñeco me miraba, una gran bola venía hacia mí cada vez más grande, y mi madre sonreía.

(En los años 40 y 50 nevó varias veces con intensidad en Andalucía. La nevada que me sorprendió ocurrió quizás en el 1945, aunque me permití la licencia literaria de adelantar el final de la guerra mundial)

EL BRILLO DE LOS NÚMEROS

El cortijo está a diez kilómetros. El niño es pequeño, y no puede andar tanto. Va sobre el mulo, sujetado por su madre, que camina a su lado, mientras el padre dirige a la bestia para que no tropiece, para que no se inquiete al cruzar las vías del tren ni se mueva demasiado al ser atacada por las impertinentes moscas. El niño va muy a gusto, celebrando el acontecimiento. Mientras avanzan entre olivares, recuerda la salida de casa, las chispas arrancadas a los adoquines por las herraduras, los escasos coches que se cruzaron con ellos, los burros cargados de ramón, de los que sólo se veían las patas acompasadas, y los olivos con su floración reciente, en el único momento en el que su verde plateado se hace más verde y adquiere una leve alegría.

El paso es cansino. Los álamos del borde de la carretera susurran con el viento, las cunetas ya están llenas de flores, y han aparecido las primeras amapolas. El niño mira a su alrededor y todo le sorprende. No pierde detalle desde su oscilante puesto de observación: los coches, los camiones, el arriero que les saluda, la pescadera con su cesta y su espantamoscas, las entradas de los cortijos, en las que no paran de ladrar los perros,…el tren…

Después de cruzar el paso a nivel algo le sorprende. Ha visto brillar números entre los olivos. Son de lata, y están clavados en los postes de telégrafos. Su padre le observa: "¿No sabes leerlos? mil setecientos ochenta y dos, mil setecientos ochenta y tres, mil setecientos ochenta y cuatro,…" El niño no sabe de millares y memoriza los cuartetos: "1, 7, 8, 1, siguiente poste, 1, 7, 8, 2… ¡Papá siempre hay un 1 y un 7!" - "Espera y verás" –

le responde el padre. Y en efecto, el siete desaparece, y aparece un ocho, y después se va el uno, y viene el dos…

Por la noche, en el cortijo, a la luz de un velón, la madre le explica las decenas y las centenas, y él la ve abriendo y cerrando las manos para que se destaquen los diez dedos. Después le escribe números de dos cifras en un papel de envolver, pero sus ojos se van cerrando, siente que lo toman en brazos y que lo suben a su cama entre reflejos de candiles y sombras vagabundas. Quizás esa noche las cifras bailarán en su sueño.

Regresan al pueblo. El niño se impacienta. Espera volver a llegar a la carretera y ver de nuevo los números brillantes, pero cuando los sigue se confunde un poco: ¡van al revés! Después de ocho viene el siete, y, lo peor, después del cero el nueve. "Ya te lo explicaremos, pero en un cuaderno de verdad, cuando lleguemos al pueblo"

Ya no sólo ve pájaros buscando grano, ni olivos llenos de trama, promesa de nueva cosecha. Sigue los números, y comienza a adivinar: "Ahora viene el 1, 6, 7, 9, papá, ¿estos números dónde empiezan?" "Por Málaga, supongo" "¿Y dónde terminan" "Será en Córdoba, o en Madrid, o en Barcelona. A lo mejor llegan hasta Francia". 1, 6, 7, 8…1, 6, 7, 7…

En cada viaje se afirma la estructura. Un día aparecen en su mente las decenas, rítmicamente ordenadas. Otro día las centenas. Después de cada recorrido por el brillo de los números, los papeles se llenan de cifras, y en la mesa, con mucha paciencia, la madre forma decenas con garbanzos. Los millares tardan, porque en la mesa es difícil formarlos.

Un día, ya no hacen falta garbanzos, y el niño sabe juntar las cifras. El 1679 ya no es 1, 6, 7 y 9, sino mil seiscientos setenta

y nueve y sabe dónde está, qué significa, y quién estará detrás y delante, y por qué los números brillantes tienen un orden directo, que empieza en el 1, y otro inverso, como cuando regresa del cortijo. Pero hay una pregunta sin responder: "¿Cuando acaban?" El mulo sigue su andar pausado. Su madre lo vuelve a sujetar al pasar las vías, y los números le ordenan el mundo por primera vez. El pueblo está cerca.

LA PARVA

Nuestro cortijo se encontraba a unos diez kilómetros de Lucena, lo que representaba unas dos horas de camino. Aunque la mayoría de su terreno estaba dedicada al olivo, siempre teníamos alguna sementera de trigo o cebada, por lo que en los meses de junio y julio nos tocaba sacar la parva en la era.

Las mieses de trigo o cebada se esparcían por la era de forma circular, y el trillo, con sus grandes ruedas dentadas y picudas, iba cortando y triturando todo, a base de vueltas y más vueltas de las bestias, que no sólo tenían que tirar del trillo, sino de sus ocupantes, porque los niños nos pasábamos las horas subidos en aquel insólito carrusel.

Después había que esperar el viento para poder aventar. Si lo había, con los bieldos se podía separar el grano de la paja, a base de tirar hacia arriba la mies mezclada y esperar a que el viento arrastrara la paja más lejos que el grano, que caía a plomo. La tarea se terminaba con las palas, que estaban

fabricadas con maderas nobles, de grandes vetas, y que recogían mejor el grano. Al final se formaba un “pez” de trigo o cebada, que se amontonaba bien para llenar los sacos cosidos y remendados en cada temporada.

Pero el viento podía fallar. Transcurría la tarde, todos mano sobre mano esperando, y a veces no aparecía. Si se hacía de noche, había que dormir en la era para vigilar la cosecha. Tengo ese recuerdo como de los más emocionantes de mi niñez, porque las estrellas parecían bajar hacia nosotros, de tan intensas como se veían. Había que arroparse muy bien, porque el frío de la madrugada te dejaba helado. Cuando despertabas, todos los pájaros del campo cantaban de alegría, y las retamas y matalahúgas desprendían sus mejores perfumes. El que ha vivido un amanecer así, ya no lo olvida.

Recuerdo un día en el que el viento no llegó hasta las nueve de la noche, y lo hizo con tanta intensidad, que en poco tiempo, colaborando hasta los niños, logramos terminar de aventar. Cuando guardamos los sacos, ya eran las once. Volvimos a Lucena de noche y perdimos todos los autocares que podían llevarnos. Entre la oscuridad, atravesando olivares, el poeta soltó su imaginación y nos contó muchas cosas para tenernos entretenidos y que siguiéramos andando entre sombras amenazadoras. Así, todos los olivos tenían su anécdota, y por todos los cerros ocurrían historias, hasta que andando, andando, llegamos a la carretera general, después al paso a nivel, a las Delicias, y por fin desde el puente de Córdoba comenzamos a oír el cine Tívoli, ya terminando su segunda función, y nos enteramos de que los caballistas habían vuelto a ganar a los indios. Llegamos cansados, pero excitados por la aventura.

El cortijo lo vendimos, arrancaron los olivos y plantaron viñas. Ahora sólo queda en pie la parte del molino antiguo y han vuelto a plantar olivos. Llevo treinta años de no verlo. Hace poco capturé una foto aérea, y a unos metros al noreste de los restos del cortijo, de las higueras y los muros caídos, se adivinaba perfectamente el rectángulo de la era, ya inútil y solitario, y recordé aquellos vientos que no llegaban a tiempo, que no nos dejaban aventar, pero que así nos invitaban a disfrutar de los cielos, tendidos y abrigaditos sobre la parva extendida, y que incluso una noche nos regalaron una aventura nocturna llena de criaturas imaginadas por un poeta.

LA VIDA EN UN CORTIJO

El texto, tan descriptivo y sugerente, de Juan López "Juanele", me ha hecho recordar cómo era la vida en un cortijo en los años 40 y 50 del pasado siglo. Mi perspectiva es inevitablemente parcial. Yo era el hijo del "señorito", y nuestro cortijo era de tipo medio, con poco campo que atender. No obstante, conservo algunos recuerdos que pueden resultar instructivos para los más jóvenes que lean estas líneas.

En la actualidad no sabemos sacar partido nada más que a lo que se compra, pero la vida en el campo, muy dura en aquellos años y sin nada que adquirir con dinero, nos llenaba de experiencias gratuitas que nos siguen sirviendo a lo largo de la vida. Recuerdo, por ejemplo, que mis padres me construyeron un nacimiento en Navidad con figuras de trapo, entre ellas una buñolera cuya cara era un garbanzo y que

ofrecía jeringos de verdad, y una Feria del Valle con noria y caballitos hechos con pajitas de cebada. Con este último material mis padres se entretenían en formar marcos para láminas y conseguir así cuadros muy atractivos. Esto ahora apenas se concibe.

Nuestro cortijo de la Cañada de los Pinos estaba algo alejado de los pueblos. Los núcleos más cercanos eran la aldea de Las Navas y Monturque, a menos de cinco kilómetros, y Lucena se encontraba a casi diez, unas dos horas de camino. Estaba rodeado por otros cortijos con los que formaba una comunidad de ayuda mutua y compañía: Las Atalayas Alta y Baja, Los Pozos de Ramírez y Cárdenas, más unas cuantas casillas de menor importancia. Este aislamiento hacía que la vida en él fuera absolutamente rural, diferenciada totalmente de las costumbres del pueblo.

Como todos los cortijos, el edificio, antiguo molino, estaba dividido en varias partes, según su uso. La parte de vivienda, muy sencilla, con suelos de empedrado y yeso, era compartida por los "señoritos" (mi familia) y los caseros, y no sólo por su ubicación cercana, sino también por el estilo espartano que tenían ambas dependencias. Junto a la vivienda se situaba el antiguo molino, las bodegas y los graneros, con una gran puerta que daba al patio principal, enorme, al que se abrían los almacenes de aperos, corrales, lagaretas de los cerdos, las cuadras y la vivienda del personal que trabajaba de forma ocasional en el cortijo. Estos asalariados dormían en él sólo en los tiempos de recogida de aceituna, siembra, escarda y siega. El resto del año sólo lo habitaban el casero y su familia.

La mayoría de los suministros venían de Lucena. Así, el casero viajaba al pueblo unas dos veces por semana para traer el pan, las patatas, legumbres y verduras y lo que se necesitara en

cada ocasión. Guardábamos el pan en tinajas, y estábamos acostumbrados a su dureza progresiva, pero con aceite nos sabía a gloria. El resto de alimentos lo proporcionaban los cerdos, las gallinas y los pavos, tanto en carne como en huevos. Se solía tener también una o dos cabras para la leche de los niños. También se probaba el pescado, que lo traía una mujer de Lucena, caminante diaria por sendas y veredas para vendernos un alimento que había salido de Lucena seis o siete horas antes (éramos de los últimos de la ruta). Nunca nos intoxicamos.

Nadie se aburría en el cortijo. Durante el día se trabajaba de sol a sol, y durante la noche, recogido el ganado y los aperos, nos mezclábamos todos junto al fuego, para contar historias, o rellenar los ejercicios de lectura y cuentas, y no sólo los niños, sino, como cuenta Juan, los jóvenes de quince o dieciséis años, que aprendieron a leer gracias al empeño de mis padres. Cuando había aceituneros o segadores se bailaba el "zángano" al ritmo insistente que las manos del poeta sacaban con maestría de su guitarra. También presencié algunas bromas pesadas, casi siempre con temas de muertos y fantasmas, como aquel día que bajó chimenea abajo un horrible espantajo construido por mi padre y arrojado con habilidad por el casero. Terminada la convivencia, cada uno cogía el candil o el velón y se iba a su dormitorio. Sus luces oscilantes en la oscuridad, junto con la impresión de los cuentos de miedo, nos llenaban las paredes de fantasmas. Era fácil dejarse llevar por el miedo a la oscuridad. Por eso, a veces mi padre nos retaba, con el premio de una peseta, a ir de noche a la era o dar una vuelta completa al cortijo. Teníamos que traer algo que lo certificara, y nos entregaba el dinero con

solemnidad. Recuerdo que siempre lo conseguí, aunque caminando muerto de miedo. Una peseta era entonces mucho dinero para un niño.

Las visitas eran siempre una novedad. La pareja de la Guardia Civil era la más frecuente. Se sentaban en el poyete, dejando sus armas contra la pared, departían un rato con nosotros, aceptaban un poco de agua y seguían la senda adelante en monótona compañía. También podían venir familiares invitados, montados en los mulos y con sus regalitos preparados para los niños, y casi todos los días, gente de cortijos cercanos, que se detenían un rato al pasar por la puerta. Recuerdo también a los buhoneros, que de cuando en cuando aparecían vendiendo telas, hilos, pequeños juguetes y chucherías. Desgraciadamente, en aquellos tiempos de escasez también podían visitarnos los ladrones nocturnos, e incluso una vez hubo rumores de la existencia de "maquis". Por las noches los ruidos se perciben mejor, y causaba un poco de inquietud el oír los ladridos de los perros de cortijos cercanos, cada vez más próximos, que indicaban el paso de alguien, que nunca sabíamos si era gente de paz o no. Mi padre, si regresaba de noche, nos avisaba con un silbido personal que nos llenaba de alegría. Con su compañía se desvanecían todas las inquietudes.

ANTONIO ROLDÁN Y LAS EXCURSIONES AL CINE
(Recuerdos de Juan López Juanele)

Muchas noches de los últimos inviernos que yo permanecí en el Cortijo de la Cañada de los Pinos, nos reunía él a tres o cuatro como yo, de una edad de 15 a 17 años, y nos llevaba al cine a Lucena, que distaba unos ocho o diez kilómetros de la finca, por unos caminos infernales y con un frío glacial, cuando no con lluvia y con un viento que espantaba, lo que no era obstáculo para que fuese algo maravilloso para nosotros, porque maravilloso era oír hablar a Antonio Roldán, al que todos nosotros escuchábamos con la boca abierta. Comentábamos la película, me acuerdo perfectamente de una titulada "El Dr. Satán", que fue una serie de tres capítulos. Todo lo que él nos contaba era muy sustancioso para nosotros, que lo ignorábamos todo. Aquello nos fue, especialmente a mí que tantas ansias tenía de saber, de un gran provecho. A Antoñuelo igualmente le gustaba mucho, ya que era un chico despierto y despabilado.

La distancia, primero del Cortijo a Lucena y luego de Lucena al Cortijo, se nos hacía cortísima y las inclemencias del invierno y el frío que congelaba los huesos apenas si lo sentíamos. Íbamos despacio y completamente ensimismados en lo que el "Niño Antonio" nos iba explicando. Y si nosotros gozábamos lo indecible con su amena y documentadísima "cátedra", él también disfrutaba mucho con nuestra sincera y noble atención y amistad.

Estas excursiones nocturnas desde la finca a Lucena las repetíamos más de una vez por semana, a pesar de que volvíamos a las dos o las tres de la madrugada, y al día

siguiente, a muy temprana hora, teníamos que formar debajo de los olivos. Los asiduos, con él, de estas escapadas nocturnas al cine, éramos Antoñuelo y yo, como los que más nos interesábamos por saber cosas, de las que él era todo un catedrático a nuestro lado, que lo ignorábamos todo por completo, por las circunstancias del lugar y la época que nos estaba tocando vivir. Por eso cuando yo comencé a instruirme un tanto, él lo celebró mucho, y me consideraba con esa gran deferencia que siempre sintió hacia mí, y yo hacia su persona y que es lo que me ha llevado a que escriba esto que está en vuestras manos.

Juan López "Juanele"

ROMANCE

Esta composición humorística apareció entre los papeles de Fernando Chicano Muñoz. Se ignora quién la compuso. Todo él gira alrededor de una compra de cuerdas para Antoñuelo, el hijo de los caseros, y que quizás le dieron unas de violín en lugar de las de bandurria para darle una broma. Aparece en el mismo un tal Rafael que no puedo identificar, pero que bien pudiera ser el autor y Fernando limitarse a transcribir. Por el texto se puede pensar que era un aceitunero que sólo estaba en el cortijo durante la cosecha. Es muy interesante su lectura, pues contiene rimas y elementos de los "poetas" que había en los cortijos, que improvisaban coplas de flamenco. El verso "Yo te digo a ti Antonio" recuerda el inicio de muchas saetas populares. Se ha respetado la ortografía original

Señores, os voy a contar
Lo que pasó el otro día
Que yó vine de Lucena
y las cuerdas las traía.
Antonio, vino del campo
y a la Casilla él entró,
él me pidió las cuerdas
y enseguida se las dí yo.
El estaba en el rincón,
se hartaba de reir
de ver que aquellas cuerdas
eran buenas para el violín.
Antonio se levantó
y fue en busca el Señorito
y estando hablando con él

estas palabras le dijo:
“Mire Vd. niño Fernando
lo que le voy a decir
que me han traído dos cuerdas
y son buenas pá el violín”.
Antonio se figuraba
que yo me fui por las cuerdas
y estaba poniendo lazos
en mitad de la senda.
Cuando Rafael llegaba
estábamos en el rincón,
y el pobrecillo de Antonio
le ha palpado el corazón.
Antonio yo no esperaba
lo sencillo que tú eras,
pero nos desengañamos
el diílla de las cuerdas.
Cuerdas no hay en Monturque
ni en Moriles ni en Las Navas,
que las traje de Lucena
de lo “jondo” de la Plaza.
Ya me despido señores,
de la historia de este Antonio,
que pá acabarlo de engañar,
le he hecho creer que estoy cojo.
Yo te digo a ti Antonio,
no te lo quería decir,
que Josefina ya sabe
lo que te ha pasado a ti.
El que se quiera enterar,
lo que Antonio le ha pasado,
puede comprar un librito

y lo puede ir copiando.
En la Cañá de los Pinos,
Casilla de Aceituneros,
allí para Rafael,
que es el que tiene los versos.

(Hay una anotación de Fernando debajo del romance mecanografiado: *Marzo del 1947 – Durante mis vacaciones pasadas en el cortijo Cañada de los Pinos*)

LA VIDA DIARIA

Comidas

La alimentación se basaba fundamentalmente en estos elementos:

- Productos de matanza, propios o comprados. Con ellos siempre había cocido.
- Leche y huevos procedentes de gallinas y cabras. Vacas apenas había en nuestro campo. Cuando las gallinas dejaban de poner se mataban y daban comida para un par de días.
- Pescados en salazón: bacalao y arenques. Se traían del pueblo.
- Legumbres, que se comían de noche. También patatas.
- Productos de caza, especialmente *zorzales*, liebres y pajarillos.
- Hierbas, como las *collejas*, espárragos, alcauciles y otros.
- El pan no se hacía en casa. Se compraba en el pueblo o a los buhoneros. Se guardaba en alacenas o pequeñas tinajas. Los caseros solían ir frecuentemente a los pueblos cercanos para comprar.

Con estos elementos eran muy populares los siguientes guisos:

- Los "avíos" del hombre. Expresión humorística para designar dos huevos fritos con chorizo.
- Chorizos o carne de cerdo con tomate.
- Tortillas de espárragos, patatas o collejas.
- Cocido con pocas verduras.
- Bacalao frito, con tomate o en "soldaditos de Pavía".

- Potajes: especialmente *habicholones*, habichuelas con garbanzos y “papas guisadas”
- Pescado frito cuando había y pajaritos o zorzales.
- Guiso de gallina, pavo o conejo.

El desayuno podía consistir en leche (sola o con achicoria) con pan migado, el almuerzo de media mañana, pan con bacalao o matanza. Al mediodía se solía tomar pescado frito si la pescadera había venido y normalmente cualquier plato con salsa de tomate. Lo extraordinario es que los guisos fuertes, como cocido o potajes se comían de noche. La merienda de los niños era un *joyo* o pan con chocolate.

Algunas veces la merienda y los postres se complementaban con las “gachas”. Recuerdo tres tipos: de mosto, de café y de anís con “cuscurrones”. También se elaboraba el “pan de higo”, del que teníamos buena materia prima a principios de otoño.

Higiene

Los jornaleros apenas se lavaban. Los más limpios lo hacían los sábados y sólo parcialmente. A diario sólo se lavaban cara y brazos a “gafás”, que consistía en echarse agua en la cara sin jabón ninguno. Había quien sólo se había lavado bien el día de su boda.

Los señoritos se lavaban algo más a diario y los sábados se preparaba un buen barreño en el que “se lavaba el cuerpo”, generalmente por partes. El jabón se hacía en casa con aceite

usado y sosa caústica, o se compraban unos tacos en las tiendas. No existían detergentes y la limpieza bucal sólo la cuidaban los muy convencidos. Era normal ver a los jornaleros viejos sin apenas dientes. Todos olíamos a sudor, pero nuestro olfato estaba acostumbrado.

VESTIMENTA

En los trabajadores era normal el llevar una camisa sin corbata, algún pañuelo de hierbas al cuello, una chaqueta muy simple, que casi era un "mono" de faena y unos pantalones llenos de piezas.

No podía faltar la mascota (sombrero rústico), que en verano era de paja, y los "choclos", enormes botas de campo, siempre llenas de barro en invierno y de polvo en verano.

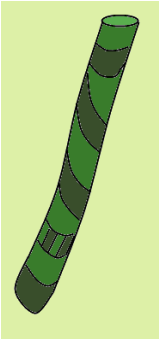
Para ir por el campo siempre había que llevar una navaja, pues no faltaba ocasión de usarla para comer, cortar alguna rama o arrancar hierbas. Completaba la indumentaria una vara o bastón, con el arrear a las bestias y guardar el equilibrio en el barro.

Los señoritos vestíamos con chaqueta sencilla y camisa sin corbata.

En invierno todos usábamos pellizas. Unas con piel y otras sin ella. Eran muy cómodas para la vida en el campo y para los desplazamientos. Parecidas a las actuales prendas de invierno, hechas de paño o pana y a veces con piel en el cuello. Para la lluvia se disponía de unas telas impermeables muy amplias, algunas con orificio para meter la cabeza, que podían cubrir el cuerpo de un jinete y su montura.

Entretenimientos y diversiones

Decorar varetas



Esto lo intentábamos todos. Consistía en arrancar una *vareta* gruesa y con una navaja afilada (los niños también tenían. Era parte de nuestra cultura) ir separando la corteza para que aparecieran dibujos de color más claro. Los motivos más populares eran las hélices y los frisos, así como la combinación de ambos.

A veces se iban decorando mientras caminábamos.

Tallar objetos de raíz de olivo con una navaja.

Esto en mi cortijo no era muy frecuente, pero mi padre logró buenos resultados no sólo con olivo, sino con madera de naranjo. No vi a nadie trabajar la madera, pero estoy seguro de que los cabreros se entretenían en eso.

Hacer canastos

Un entretenimiento muy popular. Los viejos que no iban al campo se ocupaban de esto. Podían ser de *varetas* de olivo, de caña, mimbre o esparto. En los cortijos era más fácil acudir a las varetas. Las otras se solían comprar.

Mis padres adquirieron gran soltura trabajando las pajitas de cebada que quedaban en los rastrojos. Con ellas hacían marcos de todo tipo, para fotografías, espejos o estampas. A mí me hacían figuritas y juguetes. Todo era muy frágil.

La recolección la hacíamos en el cerro situado al sur del cortijo, al que por eso le llamábamos “de las pajitas”

Cante flamenco

Quien no ha oído nunca cantar flamenco en el campo se ha perdido unos momentos de gran belleza y emoción. Yo no he experimentado nada parecido a la percepción de que alguien se acercaba a nosotros por el cante que se oía cada vez más cercano, y que con un “Dios guarde a ustés” interrumpía la estrofa para saludar cortésmente. Parecida era la sensación de oír cantar mientras se araba, con un ir y venir del sonido que marcaba la faena.

La emoción estética mayor que experimenté fue la de oír el cante de un cabrerillo en la cima del cerro. Mi padre me había ya avisado, estuvimos atentos, y cuando el chico comenzó a cantar llenó toda la cañada con su voz, y nos transmitió durante unos minutos toda la sabiduría del flamenco heredada de sus abuelos.

Yo nunca vi bailar el zángano, pero sí mis padres. Era monótono, baile agarrado acompañado por un rasgueo persistente de guitarras y bandurrias, y constituía el complemento imprescindible de toda celebración. Me cuentan que mi tío Fernando era incansable marcando el compás. En Puente Genil perduró, y no sé si aún se conoce.

Bromas

En un ambiente en el que en invierno, a partir de la seis, se acababa la recolección de la aceituna, los únicos

entretenimientos eran el tomar una copita en reunión alrededor del *poyo fuego*. Era el momento de contar sucedidos, chistes y anécdotas, oír el cante de los poetas y gastar bromas. Yo recuerdo tres:

En una ocasión, estando a la lumbre, sonaron unos tiros al final del cortijo. Todos salimos asustados y vimos que mi padre y el casero traían un cadáver partido en dos, gritando "Lo han matáo, lo han matáo", hasta que descubrimos que eran unos pantalones y una camisa rellenos de paja. Fue una dramatización perfecta.

Otra vez (creo que no fue con nosotros, sino que nos lo contaron), estando todos en el poyo fuego, oyeron un ruido extraño que bajaba la chimenea abajo, y vieron aparecer un extraño animal que se estrelló contra los leños, y que resultó ser un par de patatas unidas por unos palos, pero que la impresión que dio fue enorme. Me imagino al que gateó por el tejado para arrojar ese espantable ser chimenea abajo.

Siendo yo niño, Antoñuelo, que trabajaba con nosotros, daba jornales en la casilla de la viña, en el término de Lucena, y la casera vino espantada contando que se había abierto la cabeza con la azada, y que lo llevaban al pueblo con la sangre manando sin parar. Yo estuve toda la tarde viendo su cabeza ante mí abierta y roja como una sandía. Cuando regresó por la tarde no me atrevía a mirarlo, hasta que se quitó la mascota y descubrí la broma.

Apuestas

Las apuestas entre varones eran muy frecuentes. En el campo existía un machismo lleno de rudeza. Por eso, las apuestas solían ser exageradas y a veces brutales. Yo sé de un amigo que se apostó levantar en vilo un burro metiéndose debajo de

su barriga, y lo logró. He tenido noticia de algunas tan increíbles y zafias que no son apropiadas para este documento. La mayoría tenían que ver con la fuerza, especialmente levantar pesos, o con un empeño desmesurado, que allí se expresaba como “tener moscas”, quizás recordando las que revolotean sobre las bestias. También se apostaba sobre el resistir bebiendo o comiendo.

Mi padre, queriendo quitarnos el miedo, se apostaba con nosotros una peseta o dos reales para ver si éramos capaces de alguna hazaña nocturna. Recuerdo tres retos:

- Ir a la era de noche, coger algo de allí y volver.
- Dar la vuelta al cortijo en una noche sin luna.
- Subir solos (esto en Lucena) a la torre con una vela.

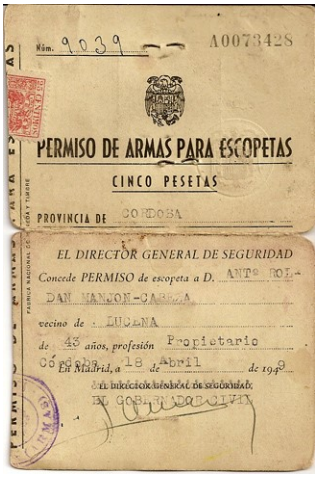
Yo los superaba todos, a pesar de ser un niño tímido, pero con gran amor propio me aguantaba el encogimiento del corazón y echaba a andar con decisión un poco falsa. No olvidaré la vuelta al cortijo, con todos los ruidos nocturnos, las sombras de los árboles bailando sobre los muros y ese viento que al cruzar los olivos parece que aúlla. Yo cantaba o hablaba en voz alta, pero mis pasos no vacilaban y aparecía indefectiblemente por el lado opuesto, ganándome los aplausos de la tertulia del poyete. Y la peseta.

La Luna no terminaba de aparecer, pero los árboles amenazaban con su sombra el muro que daba a la leñera. Ya había recorrido los primeros metros, cuidando no caer en el hueco. Ahora venía lo peor, el descampado de atrás, con su oscuridad envolvente, al que podían salir los seres que me espiaban desde los olivos. Las paredes se hacían cada vez más altas, pero en lugar de protegerme, dibujaban sombras móviles que no sabía a qué pertenecían. A mitad del trayecto se

debilitaron las piernas, se desbocó el corazón y nacieron las lágrimas, pero mi amor propio era más fuerte. Cuando llegué al camino sabía que había ganado. Al girar hacia el poyete, todo el miedo se esfumó. Mi familia, sentada sonriente, me esperaba con la soñada peseta.

La caza

Esta afición la compartían señores y asalariados, que casi siempre formaban equipo y con ello creaban lazos y complicidades. Yo no vi nunca la caza con liria, ese pegamento hecho con ciertas hierbas. En el cortijo lo normal era la caza con escopeta de dos cañones, para zorzales, tórtolas o liebres. Los hombres se iban para varias horas y volvían luego con docenas de pájaros. Toda escopeta tenía un permiso oficial para su uso legal.


Núm. 9039 A0073428

PERMISO DE ARMAS PARA ESCOPETAS

CINCO PESETAS

PROVINCIA DE CORDOBA

EL DIRECTOR GENERAL DE SEGURIDAD

Concede PERMISO de escopeta a D. ANTº ROL-DAN MANJON-CABEZA

vecino de LUCENA

de 43 años, profesión Propietario

En Madrid, a 18 de Abril de 1949

EL DIRECTOR GENERAL DE SEGURIDAD

EL GOBERNADOR CIVIL

A los niños nos gustaban más las costillas, trampas para pájaros que se enterraban en el suelo, al que se alisaba previamente formando una especie de minúsculo terraplén. La costilla tenía una estructura de muelle con un ganchito que la mantenía abierta, y en el cual se pinchaba una hormiga con alas ("alúa"), que era lo único que se veía de la trampa. Si el pobre pájaro iba a comerse el insecto, al mover el mecanismo saltaba el muelle atrapándolo. La suerte era que primero montábamos quince o veinte costillas y las dejábamos preparadas, y así no presenciábamos la crueldad de la escena. Al volver de nuevo podía haber un pajarillo muerto o aleteando todavía. También era normal que no se hubiera

acercado ninguno o incluso que se hubiera comido a la hormiga y el mecanismo hubiera fallado.

No puedo explicar las imágenes muy claras que me trae la memoria de costillas situadas detrás del cortijo, pues la veda se levantaba en Octubre, fecha en la que debía asistir al colegio. El recuerdo es real, por lo que o mi padre se saltaba la veda o yo falté a clase.

Recuerdo haber visto tanto en el cortijo como en la casa del pueblo jaulas para el pájaro perdiz, pero nunca presencié este tipo de caza con reclamo.

Como anécdota recordaré haber visto también un reclamo para patos de cuando mi abuelo arrendó unos olivos junto a la Laguna Amarga, pero es evidente que no servía en nuestro cortijo.

Existían otras dos formas de caza que no eran muy eficaces. La escopeta de aire comprimido, que disparaba balines o “plomillos”, con la que era muy difícil acertar a un animal, y el tirachinas o “elastiquera”, que más bien servía para hacernos daño o dañar árboles y frutales. Había quien presumía de abatir pájaros. Yo nunca lo presencié.

Aprendizajes

Lo normal en aquella época era que las gentes del campo aprendieran a leer y escribir en el Servicio Militar. Sin embargo, muchos hombres (menos las mujeres) intentaban mejorar sus conocimientos con vistas a emigrar o a conseguir algún trabajo oficial. Por las noches se enseñaban unos a otros. Mi padre ayudó mucho a los que trabajaban en el cortijo, y en otros más grandes, con más personal, iban maestros rurales sin título. Yo ayudé a uno de ellos muy simpático, que me lo agradeció mucho. El aprendizaje consistía fundamentalmente en leer, escribir y las cuentas elementales.

También se aprendía a tocar instrumentos musicales, especialmente guitarra, bandurria y laúd. Animaban con ellos los bailes populares que se organizaban al final de la cosecha. Mi padre enseñó a "Antoñuelo", personaje central del romance que incluimos en la sección de textos.

Aquí es bueno referirse a mis propios aprendizajes. Soy consciente de haber repasado en el patio las restas y mejorado mi caligrafía, lo que me hace pensar que hubo muchos más. Entre los textos incluyo uno que hace referencia al hecho cierto de que aprendí las decenas y centenas con los postes situados al borde de la carretera.

Juegos de niños

Como ocurre ahora en África, los niños jugaban especialmente con su cuerpo:

La piola: También llamada pídola. Un niño hacía de burro y los demás saltaban sobre él. Como está muy estudiado en otros sitios, no incluyo descripción.

Subir a los árboles: En nuestro cortijo las higueras eran las más fáciles de subir, pero también muchos olivos de varias patas. Teníamos donde elegir.

Revolcarse en la paja: Y también en el grano cuando nadie nos veía. O meternos en las tinajas, que era algo peligroso.

Hacer chozas: Había todo el material necesario para montar una choza en cualquier parte. Con lonas, varetas y las ramas de los olivos se montaban fácilmente. La más acogedora era la de la higuera grande.

Columpios: Bastaba una soga y una buena rama de olivo. Era muy fácil montarlos, aunque lo hacían los mayores, que tenían más fuerza para los nudos.

Tirar aceitunas: Este era un entretenimiento mientras se caminaba. Se afilaba una vareta con la navaja, se pinchaba en ella una aceituna verde y se arrojaba luego lo más lejos posible con un hábil movimiento de la vareta.

Otro juego mío era con los soldados en recortable. Al lado de la zahúrda había muchos claros entre olivos y allí construíamos los cuarteles. Recuerdo que un día me prometió mi tía Ana traerme un recortable de regreso de Lucena, y estuve todo el día mirando el camino.

- *No te preocupes, niño, que no se le ha olvidado el recortable. Es que el camino es largo y habrán salido tarde.*
- *Pero es que tita Ana yo creo que no se enteró bien de lo que quería. Seguro que no lo trae.*

Desde la zahúrda se oían muy bien los ladridos de los perros, sonido que se acercaba al mismo ritmo que los viajeros. Desde allí se podía saber si venía alguien. Toda la tarde, mientras jugaba con las niñas, estaba atento al camino "-No lo va a traer. Se le ha olvidado" Elegí tres olivos y allané su pie con paciencia. En el primero organicé el ejército alemán, pero no tenía enemigos. El segundo, para los japoneses, si es que venían, y el tercero para lo que "encartara".

Cuando comenzaron los ladridos y vi bajar por la tierra calma varias personas andando y mi tía sobre la burra, me escondí tras la tapia. No quería descubrir mi posible decepción. No los habría traído. Se le habrían olvidado. Esperé escondido.

- *Antoñito, mira lo que te traigo*

Aquel día se llenaron los tres cuarteles y comenzó mi pequeña guerra mundial.

Imagino que también jugaba con la "chivorra" (peonza), con palos, elastiqueras y demás. No recuerdo juguetes comerciales.

PERSONAJES

A continuación describo a los personajes con los que conviví en mi niñez. No son reconocibles para las siguientes generaciones, pero no daré más detalles de los necesarios.

Juan y su familia

Yo no lo conocí, pero en el cortijo permanecía su presencia. Había muerto en el campo y tuvieron que llevar su cadáver a Lucena. Con su mujer y tres hijos mantuvimos una gran amistad. Ella nos visitaba después en Lucena y recordaba los buenos tiempos del cortijo. El hijo mayor era Juanale, del que se incluye un texto en este mismo documento. Se fue a Barcelona y llegó a ser crítico taurino. Sus hermanos montaron bares en Lucena con bastante éxito.

Perico y Encarnación

Eran los caseros cuando yo iba por allí. Estuvieron hasta que mi padre vendió el campo en 1972. Imagino que en los años en que lo tuvo arrendado les dejaba vivir allí. Dejé de verlos en los años sesenta. Daban tal imagen del jornalero andaluz que una vez unos turistas les hicieron una foto en el llanete de San Francisco.

Antoñuelo

Hijo de los anteriores. Era compañero de mis juegos siempre que podía. Aprendió a tocar la bandurria, por lo que imagino que era el protagonista del Romance que se incluye en los textos. Hizo el servicio militar en Gerona y eran muy sabrosas las cartas que le enviaba mi padre. Creo que emigró a Barcelona.

Juanillo

Fue un caso muy especial. Iba pidiendo por los cortijos y solicitó a mi padre el poder dormir en el cortijo. No sólo pasó allí una noche, sino que se instaló como un casero más, dando jornales por los alrededores y recuperando la dignidad. Siempre que podía nos visitaba en Lucena para traernos

chucherías a los niños. Aún recuerdo su mirada tierna de agradecimiento.

Otros

Recuerdo a una sobrina de Perico que era algo hombruna y que se cargaba los sacos con facilidad, y las niñas de los caseros nuevos, que se hicieron amigas de mi hermana, y la "pescaera", que aparecía cansina en el camino de la era, con casi todo el pescado vendido. A las caseras de los cortijos cercanos, que nos visitaban frecuentemente, y a todos los que pasaron dando jornales, como el cabrero que cantaba en el cerro, los gañanes, los "talaores", la pareja de la Guardia Civil, los buhoneros…

LUGARES POR ORDEN ALFABÉTICO

Atalayas

Eran dos cortijos separados por menos de un km. La Baja era algo sombría, muy cerrada, sin apenas puertas ni ventanas. Al ser paso obligado saludábamos siempre a la casera, que se asomaba inquieta al oír los ladridos de los perros.

La Alta, al contrario, situada sobre un cerro despejado, estaba llena de alegría y vistas panorámicas. Como el camino no pasaba por ella, sólo de vez en cuando nos llegábamos por allí, quizás atraídos por sus azofaifas, fruto poco conocido, entre chufa y aceituna, que no he vuelto a probar. Mi memoria me indica que había dos palmeras, pero no puedo asegurarlo.

Casilla de la viña

Esta construcción figura en el listado a pesar de su insignificancia porque de ella vinieron a nuestro cortijo los caseros Perico y Encarnación, junto con su hijo "Antoñuelo". De cuando en cuando éste seguía trabajando en la viña, y un día nos dieron la broma de que se había partido la cabeza con una azada y que se lo habían llevado medio muerto a Lucena. En otro lugar hablo de la afición a las bromas.

Casilla del Grajo

Mi memoria me trae recuerdos tristes de esa casilla y no sé por qué. Le he preguntado a mi madre si ocurrió allí algo desagradable y no se acuerda. En mi imaginación aparece una mujer joven y sensación de miseria, cuadro muy poco fiable.

Se iba a ella desde nuestra era, tomando la senda más al norte, camino del cortijo del Grajo. Por esa senda aparecía a veces la "pescaera" con su cesta llena de pescado comprado en Lucena.

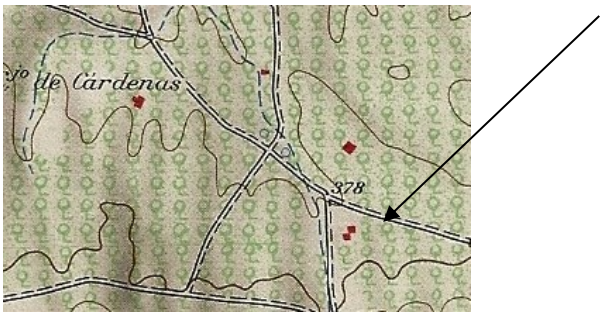
También, cerca de ese camino, el olor nos descubrió un día un borrico muerto al que habían despellejado y dejado en el campo como alimento de grajos. Después me he enterado de que la gente, en los años del hambre, a veces iba de noche a sacar carne de esos cadáveres abandonados.

Casas de Los Pozos de Ramírez

Nosotros les llamábamos "Los Pozos", pero eran dos casas casi adosadas a este lado de la vereda de Córdoba. Los pozos más conocidos eran descansadero de bestias y estaban algo más al Norte. Según las normas urbanísticas actuales del Ayuntamiento de Monturque, estas son las dimensiones que debió tener en su día

DENOMINACIÓN	LONGITUD (m)	ANCHURA(m)
Vereda del Camino de Aguilar a Cabra	4.631	20
Vereda del Conejo o del Camino Viejo de Montilla	3.601	20
Vereda de Córdoba	7.624	20
Vereda de Écija o de Metedores	3.052	20
Vereda de la Campana	3.262	20
Vereda de las Salinillas	1.200	20
Vereda de los Pozos de Ramírez	2.137	20
Vereda de Mora	1.841	20
Colada del Camino del Cementerio	1.937	6
Descansadero de los Pozos de Ramírez		
Pozo de la Tostada		
Pozo de Ramírez (1)		
Pozo de Ramírez (2)		

En el mapa topográfico se incluyen sin rótulo los Pozos de Ramírez al norte de la vereda y las dos casillas al sur.



Aquí copio una pequeña descripción actual:

Avanza llaneando en la misma dirección, deja a la izquierda la Vereda de las

Salinillas (14044006), seguido le sale a la derecha el camino de acceso al Cortijo de Cárdenas (en ruinas) y 500 m después llega al Descansadero de los Pozos de Ramírez (14044501), el cual está ubicado en el cruce de esta Vereda con la de los Pozos de Ramírez (14044007). El citado Descansadero tiene una superficie aproximada de 0,5 ha, conteniendo en su interior una fuente y un pozo; parte de la superficie se encuentra invadida por cultivos de olivos, principalmente en sus bordes. A 250 m aproximadamente le sale a la derecha el Camino a la Estación de Las Navas, 1 km después le sale otro camino que enlaza metros después con el primero. Transcurridos 950 m, desde la última pista, finaliza su trazado en Monturque una vez que atraviesa el límite de término municipal entre éste y Lucena, continuando posteriormente en este último municipio.

Boletín número 49 de 27/4/2000 de la Junta de Andalucía.

(No estoy seguro, pero el camino a la Estación de Las Navas puede ser el que pasaba por nuestro cortijo)

Las Delicias

A unos dos km de Lucena existía, al borde de la carretera de Córdoba, un pequeño chalet de una sola planta, parecido a los que aún veo en la sierra de Guadarrama. Era muy popular, y constituía el final de muchos paseos recreativos de las tardes del domingo. Estos paseos parecían una procesión, pues iban muchas pandillas de ambos sexos, juntos o separados, ocupando toda la carretera, y a veces jugando y cantando todo el trayecto.

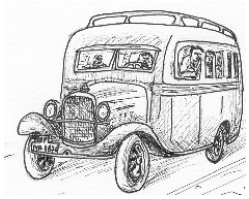
Cuando construyeron el viaducto se desplazó el final del paseo unos metros más, pues era tradición esperar al correo de las cinco y asomar la cabeza para que el humo de la locomotora te manchara la cara.

Lo Angulo

Este cortijo no lo conocimos hasta que comenzamos a usar los autocares para ahorrar esfuerzo. Recuerdo que tenía un camino de entrada de unos cien metros bordeado de árboles con ligera subida, por lo que la edificación se veía como un poco en alto.

Después me he enterado de que existe una marca de aceite con ese nombre y he capturado una fotografía en la que no se perciben muchos cambios en estos cincuenta años.

Los Santos



Este punto constituía la mitad del camino, lugar para tomar una copa de vino y una gaseosa para los niños. Si el cansancio a la vuelta era grande y según la hora de llegada, podíamos esperar allí a la Alsina de Córdoba a las ocho de la tarde o al coche de Aguilar a las once menos cuarto de la noche para regresar a Lucena. Pasada esa hora había que caminar de noche, y pasar temblando por el álamo en el que se aparecía el fantasma de un perro.

Era un lugar muy animado, y en él coincidían tanto señoritos bien equipados como jornaleros que aliviaban el cansancio con un rato de copa y charla. Los autocares solían hacer parada allí. Para nuestra familia era, en ocasiones, un punto de encuentro, pues mi abuelo Rafael venía en bicicleta desde Lucena con mi tía Mercedes y nosotros desde el cortijo y después de un buen rato de convivencia nos separábamos de nuevo. A veces mi tía se venía con nosotros.

Al principio del siglo XX era también el punto de partida para llegar a los baños de Horcajo, que se cerraron antes de que yo naciera. Junto al ventorrillo estaba la huerta Los Santos, muy señorial y rica. Hay quien afirma que allí estaba situada la Monturque romana, pero puede que fuera simplemente una villa.

Desgraciadamente, después de una etapa como restaurante con piscina y ambiente familiar, degeneró en un “puticlub”, rodeado ahora de un gran polígono industrial.

Paso a nivel

Situado a unos dos kilómetros largos de Lucena, era paso obligado para ir al cortijo. No pasaban muchos trenes, pero cuando lo hacían y el guardabarrera cerraba el paso, mi corazón infantil se aceleraba imaginando la pronta aparición de la locomotora. Dicen mis padres que yo tenía verdadera pasión por los trenes.

Los mulos y caballos lo pasaban muy mal cruzando las vías, y alguno se negaba y había que forzarlo a pasar. Las líneas negras y paralelas les infundían terror. Su cerebro no podía procesar bien esa imagen.

Después del paso la carretera era recta casi hasta la desviación de Balandranes, y los álamos formaban un verdadero techo sobre el asfalto. En los años cincuenta pintaron los troncos con una franja de cal, lo que les daba un aspecto fantasmal de noche.

En los tiempos difíciles de la postguerra, a veces mi padre, al llegar a este punto, seguía el camino de la vía, como menos expuesto a un mal encuentro. Un primo suyo le ofreció en cierta ocasión una pistola, que mi padre no aceptó, como era de esperar. Volver de noche impresionaba. En cierta ocasión mi padre oyó pasos que paraban cuando paraba él, y que se iban acomodando a su marcha. Cuando llegó a Lucena vio con las luces del pueblo que el que le seguía era un conocido suyo, con más miedo que él, y que si acompasaba su ritmo era porque tampoco se fiaba de quién podía ser el que le precedía.

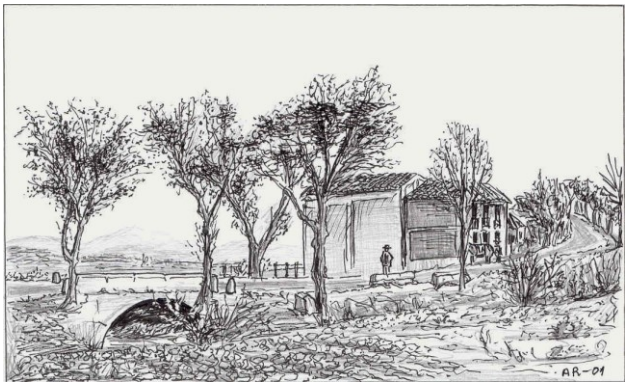
Pozo de Pericote

Ahora he sabido que ese pozo no era nuestro, que tan sólo teníamos derecho de uso. Era el único con agua potable, pues

el de nuestro patio tenía exceso de sales. Situado como a medio kilómetro del cortijo en el camino a Monturque, aparecía entre olivos como una construcción circular con una cubierta, lo que le daba algo de oscuridad. Como se decía que allí se había suicidado un tal Pericote, los niños no queríamos asomarnos al brocal y nos manteníamos alejados.

El agua se traía en cántaros, cuatro por burro. Generalmente teníamos suficiente con una carga diaria. Se descargaban en la cocina en una cantarera.

Puente de Córdoba



Era el primer hito del camino de ida. Ahora su lugar ha sido ocupado por un complicado cruce de autovías-

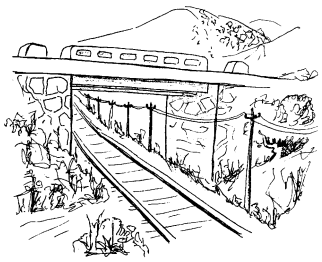
Vereda de Córdoba

Aunque se describe en otro lugar como vía de comunicación, aquí corresponde transmitir cómo la veíamos en aquellos años. La cruzábamos en dos puntos distintos, el más frecuente, y en los últimos años de forma obligada, era el situado frente al cortijo Lo Angulo. Rememoro la escena: íbamos en el autocar, y al llegar a la cuesta Balandranes ya nos preparábamos para indicar al conductor la parada. Bajábamos, deseábamos buen viaje y esperábamos a que no viniese ningún coche para cruzar. Enfrente había una pequeña pontanilla que salvaba la cuneta y nos adentrábamos en el olivar. A los pocos metros nos cruzaba la vereda, llena de juncos, con otro aroma y aspecto desierto: por allí no pasaba nadie. Sin embargo, nos abría dos caminos que los niños no sabíamos a dónde nos llevarían. Tenía su misterio, como algo ocasional y sorprendente, porque pronto la dejábamos atrás y seguíamos olivar adelante.

El otro punto era en el descansadero de los Pozos de Ramírez. Allí sólo íbamos de visita, o porque se alargara cualquier

paseo. Parecía otra vereda, y por eso no era fácil identificarla con el primer tramo. Muy despejada, llena de sol y con los olivos algo lejanos. Como era cruce de caminos no muy marcados, la vereda se perdía como tal, al menos ante nuestros ojos infantiles.

Viaducto



Cuando se construyó el viaducto en los años 50 coincidió con una época en la que yo daba paseos casi diarios por el campo acompañando a mi padre. Esta obra sustituyó al paso a nivel descrito en otras partes de este documento.

Lo construyeron “a sangre”, como se decía entonces, es decir, sin apenas máquinas salvo para tender las viguetas finales. En primer lugar, a base de pico, azada y pala levantaron las dos aproximaciones elevadas para salvar las vías, con tierra removida. Después esperaron meses para que se asentara, cubriéndola después de piedras cortadas y sólo al final, cuando el puente estuvo ya tendido, aplicaron la grava y el alquitrán. Fue una obra muy pausada y bien hecha, sin prisas.

El dibujo que acompaño es bastante fiel. Los pretiles estaban hechos de obra, seguidos de quitamiedos, y el cruce con las vías no era totalmente perpendicular. Las viguetas que se adivinan en el dibujo eran muy gruesas, de hormigón. El cerro del fondo es la Sierrezuela. La perspectiva está orientada hacia el Noroeste, en dirección a la estación de Las Navas, dejando de espaldas Lucena.

EXPRESIONES POPULARES USADAS EN ESTE DOCUMENTO

Alcaucil (o alcaucí, o alcalcil): Es una especie de alcachofa silvestre muy espinosa. No era fácil comerla, y el corazón no tenía las dimensiones del de la alcachofa.

Alúa: Se denominan así las hormigas con alas, que aparecen en los hormigueros después de las primeras lluvias. Son las que han de emigrar para fundar nuevos hormigueros. En aquellos años era labor de los niños algo crecidos el ir por los campos con una azada y un bote agujereado. Cuando se descubría un hormiguero se daba varios golpes de azada para descubrir sus galerías y poder atrapar los deseados insectos, guardándolos en los botes, a los que se echaba azúcar para que pudieran sobrevivir muchos días antes de usarlos en las costillas.

Candelecho: Construcción vertical sostenida con cuatro troncos bastante altos que terminaba en un habitáculo hecho con ramas, para que el guarda de la viña pudiera vigilar que no robaran las uvas. En otras comarcas les llaman "bienteveo"

Colleja: Hierba silvestre, que se buscaba para hacer con ella tortillas muy parecidas a las de espinacas. Los trabajadores las cogían al paso, al igual que los espárragos, pero había quien se dedicaba a venderlas. Las familias organizaban excursiones para buscarlas, y era muy divertido.

Habicholones: Judías pintas típicas del Sur de Córdoba. Son muy cremosos y a veces se guisan con rabo de toro. Lo normal es añadirles chorizo, tocino y morcilla.

Joyo: El "hoyo con aceite" consistía en un buen trozo de pan al que se le hacía un hueco con la navaja, al cual se le echaba

aceite y se empapaba con la “sopa”, que era el trozo rebanado en el hueco. Era normal que los niños jugaran un buen rato con el joyo en la mano mientras le daban bocados.

Plantón: Olivo joven. A veces esa denominación persiste aunque se pueda considerar adulto.

Plantonal: Se llama así a un paraje poblado de olivos nuevos.

Poyo fuego: Lumbre de leña, prácticamente permanente, que servía para guisar durante horas los cocidos y potajes, y también para las tertulias nocturnas después del trabajo, acompañadas por una copita de vino y alguna tapa.

No tenían tantos bancos de piedra como en las regiones del norte, por lo que era común formar un corro de sillas bajas.

Terrón: Aunque el Diccionario lo define como masa compacta de tierra, en el campo andaluz se aplica preferentemente a la tierra alomada que deja el arado.

Tierra calma: Es tierra para cereales o leguminosas, la que no es ni olivar ni viña. En las ortofotos se distingue por su color claro desprovisto de sombras.

Varetas:Hijuelos que salen al pie de los olivos, o ramas de pequeño grosor. Con ellas se hacían canastos.

Vertedera: Pieza del arado que permite voltear la tierra a la vez que se remueve. Nunca vi un arado romano en mi comarca. Los que se usaban eran muy buenos, porque permitían cambiarles la posición (reversibles) para la arada de ida y vuelta.

Zahúrda: Nombre dado en Andalucía a la pocilga del cerdo.

Zorzal: Ave muy parecida al mirlo y al tordo, con pelaje similar al del gorrión. Ha sido siempre muy apreciada en Andalucía y objeto de caza intensiva. Cuando mi padre los traía, se organizaba un zafarrancho general para pelarlos.